

**CAMINO PARA
REAVIVAR LA
ESPERANZA**

Comunión
Participación
Misión

**ADVIENTO 2025,
Esperanza para los desorientados
y cansados de esperar.**

El Adviento es un camino, marcado en el tiempo, para orientar la mirada y descubrir que la Navidad es el acontecimiento más revolucionario de la historia: la irrupción del Dios de la misericordia en las periferias de la existencia humana, para salvar y reavivar la esperanza de cuantos viven desorientados y se sienten cansados de esperar.

PASTORALIA

Vicaría para la pastoral - Diócesis de Ourense

REVISTA DE PASTORAL Nº 79



***“Que la esperanza
os tenga alegres”*** *Rom. 12, 12*

Revista cuatrimestral de la Vicaría para la Pastoral
Obispado de Ourense
Rúa Progreso 26
32003 Ourense
vipastoral@obispadodeourense.com
www.obispadodeourense.com
Teléfono 988366141

Edición: *Vicaría para la Pastoral*





ADVIENTO 2025

ESPERANZA PARA LOS DESORIENTADOS Y CANSADOS DE ESPERAR

Vivimos tiempos de desconcierto. ¿Cuándo comienza la Navidad? Un buen gallego diría, y con razón, depende. Algunos dicen en octubre, otros en noviembre, otros a principios de diciembre... Vivimos bajo la tiranía de una Navidad domesticada por un consumismo voraz, cuyos tiempos se marcan según los intereses comerciales o ideológicos. Pero, sin deslumbrar, la fe cristiana cada año nos ayuda a situar la verdadera Navidad en el lugar que le corresponde. Mientras las religiones son la historia de lo que hacen los hombres para encontrar a Dios, el cristianismo da un giro a la mirada y nos recuerda lo que hace Dios para encontrarse con los hombres. El amor de Dios por cada uno es tal que se hace uno de nosotros y para ello, transita el camino de los pobres, de los no reconocidos, de los no incluidos y fracasados, de los dolientes, de quienes ya no ven futuro y, a menudo cansados de luchar, pierden toda esperanza.

El Adviento es un camino, marcado en el tiempo, para invitaros a orientar la mirada y descubrir que la Navidad es el acontecimiento más revolucionario de la historia: la irrupción del Dios de la misericordia en las periferias de la existencia humana, para salvar y reavivar la esperanza de cuantos viven desorientados y se sienten cansados de esperar. En este final del Año Jubilar de la esperanza, Adviento, es una oportunidad para reorientar la mirada, pararnos como samaritanos, y fijar los ojos en el Dios que pone su morada en un pesebre, entre los descartados de la sociedad, entre quienes "no tienen lugar", "los nadie". Más allá del brillo deslumbrante de tanto leed y tanto consumismo, Dios grita que somos peregrinos de esperanza, que todo este despliegue de ruido, nunca apagará el amor entrañable y misericordioso de un Dios que, sin ruido, plantó su tienda entre nosotros y nos invita a levantar los ojos a la felicidad plena que nos prometa, mientras disfrutamos de las migajas que nuestro tiempo nos ofrece.

El Adviento 2025

Un Tiempo para esperar juntos

El Adviento es un tiempo de preparación y esperanza para los cristianos, un período en el que nos preparamos para la venida de Jesús. En este tiempo, la Iglesia nos invita a reflexionar sobre nuestra fe y a renovar nuestra esperanza en la promesa de la venida del Mesías. Una promesa que nos recuerda que la venida de Jesús, traerá la luz y la salvación a la humanidad. En un mundo marcado por la oscuridad y la incertidumbre, la esperanza cristiana es un faro que nos guía y nos anima a seguir adelante alimentándose en la energía de la sinodalidad, entendida como un camino de comunión, participación y misión, que, desde la debilidad de sus manifestaciones en esta historia, nos impulsa a levantar la mira hacia el tiempo final. La sinodalidad en el tiempo de Adviento, como preparación a la Navidad, es un camino interior que, pese al desconcierto, hace revivir lo mejor del corazón humano y renacer la solidaridad y los buenos deseos, que humanizan un poco este ambiente tan individualista y crispado. Una profecía que nos ayuda a redescubrir que es posible un nuevo modo de vivir.

Con los ojos fijos en Él, en medio del desierto de tanta soledad, en medio de la masificación de tantos eventos que jalonan estas fechas, la sinodalidad es un proceso que implica la escucha, el diálogo y la colaboración entre todos los miembros de la Iglesia y con todos. Al vivirla, en la humildad de cada encuentro, la sinodalidad, hace que la Iglesia puede ser un signo de esperanza y de unidad en un mundo cada vez más dividido y enfrentado. Viviéndola podemos descubrir una forma de vivir la esperanza cristiana de manera concreta y visible y posibilitar que, en el silencio de tanto ruido y oscuridad, resuene el canto de paz, que los ángeles cantaron en aquella primera Navidad y que pueda ser escuchado por los pobres, los humildes y sencillos.

Adviento nos puede ayudar a preparar el corazón y el entorno para hacer de cada encuentro una fuente de esperanza y renovación, de escucha y apertura al Otro y a los otros, de recu-

perar el norte en medio de tanta desorientación. Tiempo para volver a esperar contra toda esperanza, en medio de este erial el que Dios parece que ya no tiene espacio y para quien no hay tiempo.

Pastoralia, por medio de cada página, quiere gritar Adviento es tiempo de una esperanza nueva, como la que se inició con “Abrahán, el “padre de los creyentes”. “Él esperó contra toda esperanza” (Rom 4, 18). Con este pastor de la Mesopotamia, Dios comenzó un Pueblo numeroso como las estrellas del firmamento (Gn 22,17) y quizás hoy, como en su tiempo, vivimos tiempos de volver a la pequeñez, pero con la confianza puesta en ese Dios que, desde la oscuridad de la noche, alumbró una esperanza nueva para una Iglesia más fraterna. Lee, cada página, escrita con la destreza, el amor y la sabiduría de cuantos quieren encender una luz en medio de la oscuridad y alentar la esperanza de los que se sienten cansados con el deseo de **“que la esperanza os tenga alegres”** (Rom 12,12)



ÍNDICE

UN TIEMPO PARA CRECER EN ESPERANZA

J. Leonardo Lemos Montanet, Bispo de Ourense.....7

"QUE TODOS SEXAN UN" A COMUÑÓN COMO CAMIÑO DA MISIÓN

Manolo Rodicio.....10

COMENTARIO SOBRE EL LEMA DE ADVIENTO: "QUE LA ESPERANZA OS TENGA

ALEGRES" (RM 12,12). Julio Grande Seara.....13

A SINODALIDADE NAS PRIMEIRAS COMUNIDADES CRISTIÁS

Xose Xulio Rodríguez F.....16

ADVIENTO: TIEMPO DE ESPERA Y ESPERANZA, PARA AVIVAR LA DIMENSIÓN

COMUNITARIA DE LAS CELEBRACIONES SACRAMENTALES. Miguel Salas Pérez.....19

ESPIGANDO LOS TIEMPOS LITÚRGICOS. Ramiro González Cougil.....21

"CAMINAR JUNTOS: LA CONVERSIÓN PASTORAL A LA LUZ DE LA SINODALIDAD

EN LA DIÓCESIS DE OURENSE". David Roa Zambrano.....25

AS UNIDADES DE ATENCIÓN PARROQUIAL. A TEMPOS NOVOS, ESTRUCTURAS

PASTORAIS NOVAS. Francisco Pernas.....29

A EUCARISTÍA DOMINICAL: UNIR O DISPERSO. Néstor Álvarez Rodríguez.....31

RETOS A LA FORMACIÓN DE LOS PRESBITEROS DEL FUTURO DESDE UNA

ECLESIOLOGÍA SINODAL. José Manuel Salgado Pérez.....33

CONVERSIÓN PERSONAL: DO CLERICALISMO Á CORRESPONSABILIDADE

Pablo Cesar González Carballo.....36

"SINODALIDADE, CORRESPONSABILIDADE: A QUÉ SOA NUNHA

PARROQUIA RURAL? . Luis Rodríguez Álvarez.....38

LA TRANSPARENCIA, UNA EXIGENCIA SINODAL

PERSPECTIVA TÉCNICO-PASTORAL SOBRE LA ADMINISTRACIÓN DE LOS

BIENES ECLESIASTICOS. Raúl Alfonso González.....41

HACIA UNA ESPIRITUALIDAD SINODAL. Jorge Juan Pérez Gallego.....44

DESDE LA VIDA AVIVANDO LA ESPERANZA - CRÓNICA DEL AÑO JUBILAR

Oscar Martínez Caamaño.....47

UN VERANO QUE ENCENDIÓ LA ESPERANZA. DE PORTO SON A ROMA,

EL CAMINO COMPARTIDO POR LOS NIÑOS Y JÓVENES DE OURENSE

Francisco López Rodríguez.....49

ACOMPANIAMIENTO PASTORAL Y ESPERANZA. Xosé Manuel Domínguez Prieto.....52

POIO: CONVIVIR E CONVERSAR NO ESPÍRITO PARA AVIVAR A MISIÓN

Pablo Cesar González Carballo.....56

VENEZUELA TIENE SUS PRIMEROS SANTOS. Freddy J. Rodríguez Marcano.....58

UN TIEMPO PARA CRECER EN LA ESPERANZA

+ J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Aunque corremos el riesgo de repetirnos, no está mal que lo hagamos, porque es una forma pedagógicamente aceptable el insistir en todo aquello que ya sabemos. En esto conviene imitar a los viejos maestros que a base de reiterar una idea lograban que, en sus discípulos, tantas veces distraídos o desmotivados, fueran calando algunos conocimientos que convenía siempre reactualizar. Algo parecido acontece hoy cuando, con cierta anticipación previsor, me han pedido que hiciese alguna reflexión sobre ese tiempo litúrgico que se llama Adviento.

Sabemos bien que el Año litúrgico gira en torno a dos espacios celebrativos especialmente intensos que marcan el transcurrir de nuestra vida de fe: Pascua y Navidad. También de todos es conocido que la Pascua es el tiempo litúrgico más importante y que, con su luz propia, no solo ilumina toda la actividad litúrgica de la Iglesia, sino que se ha convertido en modelo de este otro tiempo del que quiero hablaros hoy, Adviento-Navidad-Epifanía. La Iglesia, como Madre y Maestra, preocupada por la formación de sus hijos ha puesto el comienzo del Año litúrgico el Adviento como un espacio sacro que nos ayuda a prepararnos para la celebración del Nacimiento de Cristo. Así se constata tanto en el Misal como en el Breviario, que inician el recorrido del tiempo litúrgico precisamente el primer Domingo de Adviento.

Como bien sabemos, el término Adviento proviene del latín *adventus* (venida). En un primer momento se aplicó a ese espacio temporal en el que los cristianos se preparaban para celebrar el nacimiento de Jesús y, poco a poco, se le dio el sentido de preparación para la Segunda venida de Cristo en Gloria al final de los tiempos. Las primeras noticias históricas que poseemos sobre el Adviento se encuentran en los formularios litúrgicos de las Galias y de la antigua Hispania. En aquel entonces se entendía como una preparación ascética para la fiesta de la Navidad. A lo largo de la historia experimentó algunos cambios. En la actualidad podemos afirmar que es un tiempo de preparación al ciclo de Navidad-Epifanía y tiene como objetivo disponernos, con cuatro semanas, a las fiestas de la Natividad y de la Manifestación del Señor. Este acontecimiento histórico reviste una doble vertiente: la primera es la manifestación de Jesús en nuestra carne al nacer en Belén, y el otro aspecto es su manifestación en gloria y majestad al final de los tiempos. Por consiguiente, el Adviento tiene esta doble estructura, por una parte, es un *adviento-natalicio* y por otra parte es un *adviento-escatológico*. Además de estos dos sentidos quisiera subrayar uno muy especial del que se habla muy poco, es aquel que podemos denominar “adviento existencial”, que consiste en estar atentos y vigilantes para que no nos sorprenda la muerte, que es concebida desde antiguo como nuestro “dies natalis”, el día de nuestro nacimiento para la Eternidad.



Con la reforma litúrgica se le ha dado a este momento litúrgico un sentido de esperanza y de sobriedad que viene iluminado por la riquísima Liturgia de la Palabra. Ella nos ayuda a alejar del Adviento aquellos matices que son más característicos de la Cuaresma. En los últimos años se han incorporado a la liturgia del Adviento una serie de ritos, recogidos en el *Bendicional*, que nos ofrecen unas pautas para una verdadera catequesis litúrgica que embellece este tiempo.

En primer lugar, ya en las primeras Vísperas el I Domingo de Adviento se procede a bendecir la así llamada "Corona de Adviento", que se convierte en un signo de la alegría que debe caracterizarlo. La luz, manifestada por cada uno de los cirios de la Corona, es un símbolo de Cristo que es la Verdadera Luz del Mundo. Es un signo eminentemente pascual con el que nos pone en contacto este rito. La luz no solo nos indica el camino, sino que aleja el temor y fomenta la comunión, al ir encendiéndose los cirios domingo tras domingo y aumentando el resplandor de la luz, se va significando así la ascensión personal y comunitaria al encuentro con la Luz que es el mismo Cristo. En algunas comunidades, justo en el centro de la Corona de Adviento, al llegar la Navidad, se coloca una imagen del Niño Jesús, *Luz para alumbrar a las naciones*. Esta Corona de Adviento no es un simple elemento estético y decorativo colocado en el presbiterio, cercano al altar o al ambón, lugar de la proclamación de la Palabra, sino que es un símbolo de la esperanza que los creyentes estamos llamados a vivir porque poseemos la certeza de que la Luz y la Vida triunfarán en medio de las *tinieblas y sombras de muerte*". Esto es así porque *Cristo siendo rico se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza*, y esta verdad se hace presencia en el Niño de Belén.

Además de esto, en el *Bendicional* se recoge la costumbre de bendecir el árbol de Navidad que adorna los hogares cristianos y también, ¿cómo no?, el templo que como "Hogar de hogares" debe resplandecer con la luz de la Navidad. Este árbol no es un eco de tradiciones paganas, sino que nos recuerda que Cristo, nacido en Belén para nosotros, es el verdadero "Árbol de la Vida" del que fue apartada la humanidad a causa del pecado de Adán. Es bueno enseñar a los fieles a contemplar en este árbol lleno de luces a Cristo, Luz del mundo. Por otra parte, encierra en sí otra simbología que nos vincula con el árbol de la Cruz donde estuvo colgada la Salvación del mundo. Como vemos la luz de la Pascua que reverbera en estos signos nos recuerda que el pun-





to central del Año litúrgico es la Pascua del Resucitado que ilumina, con resplandor propio, los demás momentos del Año litúrgico.

La bendición del árbol de Navidad es un rito que debe hacerse en el seno de todos los hogares y sería muy significativo que antes de la “cena de Nochebuena” en la que toda la familia se reúne en torno a la mesa, se hiciera una pequeña oración en torno al árbol de Navidad que debiera estar con las luces apagadas hasta que el padre o la madre de familia hiciesen la oración que está prevista en el *Bendicional*. Concluida ésta con el “Amén”, se procederá al encendido del árbol.

Durante el Adviento, en nuestra Diócesis, desde hace unos años tenemos la hermosa costumbre de reunirnos en la Catedral para iniciar este tiempo litúrgico con las primeras Vísperas. También se ha convertido en costumbre que el tercer Domingo de Adviento el obispo invite a todos los niños de la diócesis a acudir a la Catedral para que al final de la Eucaristía, les bendiga las imágenes del Niño Dios que, posteriormente, se venerarán en los Nacimientos y Belenes de los hogares, de los colegios y en otros lugares donde acostumbran a colocarse. Sería bueno que las familias y los catequistas animaran a los más jóvenes a colocar muchos belenes en todos aquellos lugares en donde transcurren sus vidas cotidianas. En el *Bendicional* se nos ofrece el rito para bendecir, dentro de la Misa o en las primeras Vísperas de Navidad, los belenes. Sería una buena iniciativa que los sacerdotes, diáconos o aquellos agentes de pastoral especialmente formados para el caso, se ofreciesen a visitar los hogares, colegios, clubs deportivos, etc., donde estuviese instalado un Belén o Nacimiento, para bendecirlos. Este hecho se puede convertir en una ocasión de evangelización.

Adviento es, pues, una hermosa ocasión para descubrir y agradecer que el Dios-con-nosotros “planta” su tienda entre los creyentes para convertirse en Luz del mundo y en signo cierto de esperanza. A lo largo de este Año Jubilar 2025 hemos tenido infinidad de ocasiones para encontrarnos con el perdón de Dios y abrirnos, a través del sacramento de la Reconciliación, al don de la alegría. Aprovechemos la clausura de este Año Santo que celebraremos, como familia diocesana, el próximo 28 de diciembre, en la Catedral. Seguramente será una magnífica ocasión de gracia y nos servirá para dar un impulso renovador a nuestra vida cristiana al encontrarnos casi al comienzo de un Año Nuevo, de este modo, todas estas celebraciones nos ayudarán a vivir esa *espiritualidad sinodal* que colma nuestra vida de esperanza.

INTRODUCCIÓN

CAMINAR CON ESPERANZA AL COMPÁS DE LA PALABRA DE DIOS Y LA LITURGIA

“QUE TODOS SEXAN UN”
A comunión como camiño da misión.

Manolo Rodicio



Vivimos os crentes un tempo desconcertante: somos poucos, avellentados e con escaso éxito misional. Algúns asumen esta situación, que non é nova, con normalidade e ven nas dificultades unha chamada á busca intensa de novos camiños. Non poucos ven a solución en repetir vellos esquemas. Outros, coñecedores de tempos aparentemente mellores e en todo caso, de éxito popular, xa que eran moitos os que acudían a chamada das campás, coas forzas xa moi minguadas, corren o risco do desánimo. E o desencontro entre uns e outros asoma... A mala herba das desconfianza, ameaza con gañar espazos. Non falta quen sentencie: “somos poucos e de costas uns cos outros”

Asumindo todo isto, o Consello de Pastoral Diocesano proponnos como lema para o presente curso pastoral **“QUE TODOS SEXAN UN”**

(Xn 17, 21), e un obxectivo: “acoller a chamada a fortalecer a comunión fomentando a unidade na diversidade, urxindo a participación e a corresponsabilidade na misión”.

Pode aportarnos algo a análise deste texto na Palabra de Deus? Vexamos.

A Oración Sacerdotal de Xesús e a unidade dos crentes

Os capítulos 15-17 do cuarto evanxeo, constitúen o discurso de despedida do Señor. Dentro dese discurso, o capítulo 17 ocupa un lugar moi especial, marcado por un cambio de tono significativo: Xesús deixa de dirixirse aos seus discípulos para comezar unha sentida oración ao Pai. Esta oración, coñecida como a “*Oración Sacerdotal*”, mostra a Xesús en actitude de intercesión por todos nós ante Deus Pai.

Estrutura da Oración Sacerdotal

A oración pode dividirse en tres partes principais:

Na primeira parte (Xn 17,1-8), Xesús **intercede en por si mesmo**, pedindo ao Pai que confirme a súa obra no momento decisivo, a “súa hora”, destacando a súa fidelidade á misión recibida e a conservación dos que lle foron confiados, a quen transmitiu a vida eterna e as palabras de Deus.

Na segunda parte (Xn 17,9-19), Xesús **ora polos seus discípulos** máis directos, quen, aínda que permanecen no mundo porque El mesmo os enviou, non son do mundo. Xesús pide para eles alegría, protección fronte ao mal e fortaleza ante as dificultades.

Na terceira parte (Xn 17,20-26): Xesús **intercede por quen crerá nel grazas ao testemuño dos primeiros discípulos**. Nesta etapa, o desafío xa non é o odio do mundo, senón a ameaza da división interna, que pode obstaculizar o seu testemuño.

A pasaxe central: a unidade como petición fundamental

A pasaxe que máis nos interesa é a primeira das dúas intercesións da terceira parte da oración (Xn 17,20-23). Xesús comeza identificando os destinatarios da súa oración: aqueles que cren nel, entendido como recoñecelo como Fillo de Deus e gardar as súas palabras, e que chegaron á fe mediante o testemuño doutros. Estes crentes son froito do labor evanxelizador dos primeiros discípulos, a quen Xesús enviou ao mundo do mesmo xeito que o Pai o enviou a El.

Xesús ora especialmente por quen crerá nel sen coñecelo persoalmente, pedindo para eles: **“que sexan un”**. Esta petición **repítese tres veces, subliñando a súa importancia**. As cartas de Xoan testemuñan divisións por causas doutrinarias ou de poder que ameazaban ás comunidades cristiás da segunda xeración,

mostrando que a petición de unidade de Xesús responde a situacións concretas do seu tempo.

O modelo de unidade: Xesús e o Pai

A unión que Xesús pide para os seus discípulos debe seguir o exemplo da profunda unión entre El e o Pai: **“que sexan un como nós o somos”** (Xn 17,22). Esta unión, central no evanxeo de Xoan, maniféstase na misión de Xesús, quen veu ao mundo para incluír aos crentes no abrazo amoroso que lle une ao Pai desde a eternidade. O amor é o vínculo que fai posible e permanente esta unión, e os discípulos participan agora dese mesmo amor, estendéndoo á comunidade.

*O modelo de unidade:
Xesús e o Pai:
“Que sexan un como
nós o somos”
(Xn 17,22)*

O testemuño da unidade: impacto misioneiro

A oración de Xesús menciona dúas veces o efecto da unidade dos discípulos: **o mundo poderá crer** e recoñecer que o Pai enviou a Xesús, e experimentará o seu amor. No Evanxeo de Xoan, recoñecer que o Pai enviou a Xesús é unha manifestación de fe. Por tanto, grazas ao testemuño da unidade e do amor entre os crentes, moitos máis chegarán á fe e coñecerán o amor de Deus.

En definitiva, esta sección da oración de Xesús ten unha clara orientación misioneira: diríxese a quen creu grazas ao anuncio dos primeiros discípulos e exhórtaos a ofrecer un **testemuño de fe e vida que atraia a outros**. A fe transmítese polo testemuño, e o maior testemuño nas comunidades, tanto entón como agora, é a unidade baseada no amor, reflexo da unión entre Xesús e o Pai.

CONCLUSION:

1. A unión entre os crentes é algo fundamental. Non estamos ante un tema máis entre outros. A unión ha de darse con Deus e cos irmáns e así nos lo pide o Señor: **“que sexan un, como nós o somos”** (Xn 17,22).
2. Unión non é uniformidade, non é ser todos igual ou facer o mesmo. Pai e Fillo non son iguais, pero son UN. Trátase de compartir un mesmo corazón pero aportando as diversidade para crecemento do “corpo común”.
3. A isto chamámoslle **comuñón**. É a teoloxía que nos propón o Vaticano II e que subliñaron de forma rotunda non poucos documentos pontificios: *“A comuñón... encarna e manifesta a esencia mesma do misterio da Igrexa. A comuñón é o froito e a manifestación daquel amor que, xurdindo do corazón do eterno Pai, derrámase en nós a través do Espírito que nos da Xesús (cf. Rm 5,5), para facer de todos nós «un só corazón e unha soa alma» (Hch 4,32)”* (NMI,42).
4. Nese camiño cumprimos todos, participando activamente. Ninguén sobra.
5. A unión-comuñón ten un efecto expansivo, é misioneiro. Así nos lo di o Señor: *“para que o mundo crea”* (Xn 17,21) Debemos preguntarnos se o escaso éxito que percibimos hoxe, non terá algo que ver con isto.
6. A unión-comunión ha de ser coidada con mimo por todos. Sen ela non hai Igrexa. Fai saír cores na cara a opinión de Blogs que se din católicos, e incluso de recoñecidos membros da xerarquía descualificando e expulsando da Igrexa a que mantén opinións diverxentes. Do mesmo xeito que atentan contra esa unión algúns se din católicos propondo unha fe á carta, lonxe da unión cos seus pastores e reclamando para eles o ser a verdadeira Igrexa de Cristo.

***“Que todos sexan un, coma ti, Pai, en min,
e eu en ti... para que o mundo crea”
(Xn17,2)***

Remato cunha frase do Papa León na súa primeira intervención pública: *“Estamos todos nas mans de Deus. Por tanto, sen medo, unidos, tomados da man con Deus e entre nós sigamos adiante... Axúdense uns a outros a construír pontes, co diálogo, co encontro, uníndonos todos para ser un só pobo sempre en paz... Queremos ser unha Igrexa sinodal, unha Igrexa que camiña, unha Igrexa que busca sempre a paz, que busca sempre a caridade, que busca sempre estar preto especialmente daqueles que sofren”.*

Quizais chegue dicir: IGREXA... COMUÑÓN, PARTICIPACIÓN E MISIÓN.



Comentario sobre el lema de Adviento: “Que la esperanza os tenga alegres”

(Rm 12,12)

Julio Grande Seara

El Adviento es el tiempo litúrgico que marca el inicio del año cristiano. Es un tiempo de preparación, de espera activa, de conversión del corazón. Cada año, la Iglesia nos invita a vivir estas semanas con una actitud particular, y en 2025 lo hace con un lema que resuena profundamente en el corazón creyente:

“Que la esperanza os tenga alegres”. Esta expresión está tomada de la carta de san Pablo a los Romanos (Rm 12,12). En una sola línea, San Pablo logra sintetizar una de las actitudes fundamentales de la vida cristiana: la alegría sostenida por la esperanza.

En el capítulo 12 de la carta a los Romanos, el apóstol ofrece una serie de exhortaciones prácticas para la vida comunitaria y espiritual. Entre ellas, esta frase resuena con particular fuerza en nuestros tiempos: “Que la esperanza os tenga alegres”.

La esperanza: virtud que sostiene

En primer lugar, conviene detenernos en el núcleo de este lema: la **esperanza**. En un mundo marcado por la incertidumbre, la desesperanza y la inmediatez, hablar de esperanza parece casi contracultural. Sin embargo, el cristiano no espera “cualquier cosa”: su esperanza tiene un rostro, una promesa, una certeza. No es una ilusión ingenua, sino una actitud firme que nace de la fe en un Dios que cumple lo que promete.

Esperamos la venida del Señor no como un acontecimiento lejano o vago, sino como una realidad que ya está en marcha y que da sentido a toda nuestra existencia. En cada Navidad celebramos que Dios se ha hecho uno de nosotros, y en cada Adviento renovamos la certeza de que **vendrá de nuevo**. Vivimos, pues, entre dos venidas: la histórica del nacimiento de Jesús y la escatológica, cuando vuelva al final de los tiempos. Este “entretiempo” está sostenido por la esperanza.

Pero san Pablo no nos invita solo a esperar, sino a hacerlo **alegres**. Y aquí aparece la novedad profunda de este lema.

Alegría: fruto de la fe

La **alegría cristiana** no es superficial ni depende de circunstancias externas. Nace del encuentro con Cristo, del saberse amado, salvado y acompañado por Dios. Es una alegría que puede convivir con el dolor, con la cruz, con las pruebas, pero que no se apaga porque tiene una raíz más profunda: la certeza de que **Dios está con nosotros** y que nada ni nadie podrá separarnos de su amor (cf. Rm 8,39).

Estar “alegres en la esperanza” es una llamada a vivir el Adviento con un corazón confiado, como el de María, que supo esperar en silencio y disponibilidad la llegada del Salvador. Es la alegría de quien sabe que la luz vence a las tinieblas, que el amor de Dios triunfa sobre el pecado y la muerte, que el Reino ya está en medio de nosotros, aunque aún no en su plenitud.

En una sociedad donde reina muchas veces el desánimo, el pesimismo o la indiferencia, los cristianos estamos llamados a **testimoniar una esperanza alegre**, a ser portadores de buenas noticias, a contagiar la certeza de que la historia está en manos de un Dios que no falla.



El Adviento: escuela de esperanza

El Adviento, con su progresiva preparación hacia la Navidad, es una auténtica **escuela de esperanza**. La liturgia nos ofrece figuras emblemáticas que nos enseñan a esperar con alegría. Pensemos en el profeta Isaías, cuyas palabras anuncian la venida de un Mesías que traerá justicia, paz y consuelo. O en Juan Bautista, que prepara el camino del Señor con firmeza y humildad. Pero, sobre todo, en María, la mujer del “sí”, la Madre de la esperanza.

Estos personajes no esperaron de brazos cruzados. Su esperanza se tradujo en compromiso, en oración, en disponibilidad. Así también nosotros estamos llamados a vivir un Adviento **activo**, en el que preparemos el corazón para recibir a Cristo con obras concretas de amor, solidaridad y reconciliación.

“Alegrarse en la esperanza” implica mirar más allá de nuestras preocupaciones inmediatas y abrirnos al horizonte de Dios. Nos invita a alzar la vista y contemplar lo que está por venir, no con temor, sino con confianza. Como nos recuerda el Papa Francisco, **la esperanza no defrauda** (cf. Rm 5,5), porque tiene su fundamento en el amor fiel de Dios.

Una esperanza que transforma

El Adviento no es solo una preparación individual, sino también **comunitaria y eclesial**. La Iglesia entera se pone en camino, como un pueblo que marcha hacia la Luz. Este lema es una invitación a construir comunidades alegres, donde la esperanza se haga visible en gestos concretos: en la

“La alegría cristiana no es superficial ni depende de circunstancias externas. Nace del encuentro con Cristo, del saberse amado, salvado y acompañado por Dios.”

acogida al que sufre, en el acompañamiento al que se siente solo, en la atención a los más pobres, en el anuncio gozoso del Evangelio.

Además, este tiempo nos invita a mirar la realidad con ojos nuevos. Aunque el mundo esté marcado por guerras, desigualdades y conflictos, los cristianos creemos que **otro mundo es posible**, porque Dios ya ha comenzado una obra nueva. Nuestra esperanza no es evasión, sino fermento de transformación. Ser “alegres en la esperanza” significa creer que el bien es más fuerte que el mal, que la gracia puede más que el pecado, que la vida vencerá a la muerte.

Conclusión

“Alegres en la esperanza” es un programa de vida cristiana. Es una invitación a vivir este Adviento con los ojos fijos en Jesús, que viene a renovar nuestra fe, a fortalecer nuestra esperanza y a encender de nuevo la alegría en nuestros corazones.

Esta palabra de San Pablo nos interpela: ¿nuestras comunidades transmiten esperanza? ¿Nuestras celebraciones, encuentros, reuniones y catequesis ayudan a las personas a conectar con una alegría más profunda? ¿O nos dejamos atrapar por el pesimismo, la rutina o los conflictos internos?

Ser Iglesia esperanzada no significa negar los problemas, sino afrontarlos desde la fe. Significa volver a confiar en el poder del Espíritu Santo, que renueva todas las cosas. Significa también cuidar el clima espiritual de nuestras comunidades, cultivar una alegría sencilla que brota del Evangelio y se expresa en lo cotidiano.

Que este tiempo litúrgico nos ayude a preparar un lugar para el Señor, no solo en nuestros belenes, sino sobre todo en nuestras vidas. Y que, al hacerlo, podamos ser testigos de una esperanza alegre, activa y contagiosa, que ilumine a quienes nos rodean.



A SINODALIDADE NAS PRIMEIRAS COMUNIDADES CRISTIAS

Xose Xulio Rodríguez F.

O individualismo que hoxe se respira a nivel social, o clericalismo secular instalado na nosa Igrexa, están marcando a nosa forma de vivir e de pensar. Neste contexto a sinodalidade é un verdadeiro camiño de conversión que aviva a comunión, a participación e a misión. A través dunha lectura calma e contemplativa do libro dos Feitos dos Apóstolos imos achegarnos ás primeiras comunidades cristiás que naceron nese humus de sinodalidade, de camiñar xuntos, de ser en unidade e comunión con outros. A sinodalidade é constitutiva da comunidade. Como temos integrado isto nas nosas parroquias e na Igrexa local?



1 Comunión

Os apóstolos, as mulleres, María e os irmáns de Xesús, están xuntos en oración á espera do Espírito (1,13-14; 2,1), que une as persoas de diferentes pobos e razas desde Xudea ata os confíns da terra (1,8; 2,5.9-10). O Espírito derruba os muros da separación e do odio para camiñar xuntos formando unha comunidade, chamando e aollendo tamén aos que están lonxe (2,37.41-47). Entre os primeiros seguidores e os apóstolos había unha relación de comunión, de cercanía, de encontros en determinados lugares, de hospitalidade (5,12; 21,1-10).

O gran desexo de unidade, de vivir en comunión cos que son diferentes, é moi forte e fecundo. Pero ao mesmo tempo é un camiño no que aparecen tensións e conflitos. Non sempre os conflitos son negativos ou rompen a comunión. Moitas veces son o impulso que a fan máis forte polo que entraña de escoitar e aceptar ao diferente. Así xa desde moi cedo aparece a tensión en Xerusalén entre cristiáns: os que proceden de Palestina e os que proceden da cultura helenista (6,1). O anuncio do Evanxeo aos xentís creou tamén recelos na comunidade de Xerusalén que lle reprocha a Pedro o contacto cos xentís (11,1-4). O sínodo de Xerusalén presenta con máis forza estas tensións e discordias que xurdiron nalgúns das comunidades helenistas, que non observaban as precepcións da lei dos xudeus. O diálogo non foi fácil e resultou proveitoso, mostrando que os acordos para vivir a comunión tiveron dificultade para levalos á práctica, pero a comunión non se rompeu (15,1-35; 15,36-41).

A comunión concrétese no amor preferencial polos pobres, que é unha nota distintiva das comunidades cristiás (2,44-45; 4,34-37; 6,1-2; 11,29-30) e tamén na fraternidade que se fai máis firme e profunda no exercicio da misión, como lle recorda Paulo aos responsables da igrexa de Éfeso (20,16-38). Por isto mesmo ninguén se sente lonxe ou estraño, senón parte moi activa e partícipe de todo o que a comunidade vive e realiza.



2 Participación

Para as comunidades das igrexas dos apóstolos a participación ten un lugar de preferenza, pois cada quen está convencido de que a comunidade é parte de si mesmo que o une inseparablemente aos demais irmáns cos que vive en comunión. A actividade apostólica das primeiras comunidades non se atribúe a unha persoa. A evangelización, a construción da comunidade ten sempre un carácter comunitario. O anuncio do evanxeo, a formación das comunidades, as celebracións teñen sempre como suxeito o grupo dos apóstolos. Eles encoméndanlle ao grupo dos sete (os diáconos) a atención das mesas (6,1-6). Eles envían a Pedro e Xoán a Samaría (8,14-17). O grupo dos apóstolos ensina e predica no templo (5,12) e xuntos van tamén por primeira vez á prisión (5,17-18).

A misión de estender o evanxeo entre os xentís e de fundar novas comunidades é o froito da implicación e da responsabilidade de toda a Igrexa: Pedro é acompañado por un grupo de seis irmáns cando anuncia a Cristo resucitado á casa e familia de Cornelio (10,23; 11,11-13). A Igrexa de Antioquía, guiada polo Espírito Santo, confíalle unha misión especial a Paulo e Bernabé (13,1-3).

O Concilio de Xerusalén non só é un espazo de comunión senón tamén de participación. As igrexas de procedenza helenista escollen a Paulo e Bernabé para que resolvan esta cuestión na asemblea de Xerusalén. Na reunión participan Pedro, Paulo e Bernabé, Santiago con toda a asemblea (15,2-21). As decisións non foron cousa unicamente dos responsables senón de toda a asemblea: Entón os apóstolos e os responsables, de acordo con toda a Igrexa, decidiron elixir algúns de entre eles e mandalos a Antioquía, xunto con Paulo e Bernabé (15,22).

Nas igrexas que van fundando os apóstolos a vida comunitaria é un trazo fundamental e identitario. Isto aparece ben reflectido na participación, como acabamos de reseñar, e tamén nas expresións que utilizan con moita frecuencia para referirse á comunidade: os discípulos, os irmáns, a igrexa. A participación, a vida comunitaria, o sentido de pertenza á Igrexa ou a unha comuniade é fundamental. Sabemos que este é un gran reto e aínda unha asignatura pendente na nosa diocese e nas nosas parroquias. Cal está a ser a implicación dos leigos nas nosas parroquias? Síntense de verdade responsables ou aínda está moi presente que a igrexa é cousa do cura?

3 A misión

O comezo do libro dos Feitos dos Apóstolos presenta o programa ou mellor a misión que o Señor lle encomenda aos apóstolos e ás comunidades nadas da fe apostólica: Recibiredes o Espírito Santo, que virá sobre vós e seredes as miñas testemuñas en Xerusalén, en toda Xudea e Samaría e ata os confíns da terra (1,8).

Os apóstolos anauncian que a Boa Nova da salvación non é só para os xudeus, senón para todos os que Deus chama, pois non fai distinción de persoas (2,39; 10,34-35). Por isto mesmo o anuncio

do Evanxeo é para eles unha prioridade (6,2-4), algo que de ningún xeito poden calar (4,19-20). Os apóstolos ao comezo acuden ao templo a ensinar a anunciar o evanxeo, pois era o lugar onde o pobo acudía a adorar a Deus (4,1-2), pero fóra de Xerusalén predicán o evanxeo tamén nas casas (20,20). Este anuncio non só o facían os apóstolos senón os crentes cando tiveron que afrontar a diáspora a causa das persecucións (8,4-6). E son estes os que anuncian o evanxeo en terra estranxeira (11,19-20).

O anuncio do Evanxeo é a razón de ser e a misión primordial da Igrexa (20,24). É toda a comunidade quen se sente responsable e responde de forma audaz e ás veces un pouco provocativa en relación co anuncio aos xentís e aos pobres. Así a comunidade envía a Pedro e Xoán a predicar o Evanxeo aos samaritanos (8,14-17). Pedro é enviado á casa e familia de Cornelio, que era pagán, onde anuncia a Xesús Cristo e se realiza unha nova Pentecoste (10,44-48). Deste xeito ábrese a porta do Evanxeo aos pagáns, aos que estaban lonxe. A paixón polo anuncio do Evanxeo impulsa á comunidade de Antioquía e confíarlle unha misión especial a Paulo e Bernabé por diferentes vilas de Asia Menor (13,1-3). Eles inician esta misión acudindo ás sinagogas dos xudeus, pero moi pronto emprenden a evanxelización dos pagáns (13,44-46; 18,4-6).

A evanxelización é unha acción e unha tarefa comunitaria. É a comunidade quen se ten que implicar, responsabilizar e comprometer nesta misión. Velaquí un gran reto para a nosa Igrexa de Ourense, que quizais está chamada a mudar o seu rostro e moito da súa estrutura para poder situarse ben nos tempos nos que andamos. Implicar á comunidade na evanxelización, como indica P. Babin, ha de ser unha prioridade na nosa diocese: “La generación actual exige a los cristianos que sean más una comunidad que una institución: El objetivo de la evangelización es la comunidad cristiana, la cual es también su principal medio”.

Outro gran reto é adentrarnos na sinodalidade que comporta facer experiencia de sermos comunidade, de ter un profundo sentido de pertenza, de xeito que sexa un signo de identidade para nós. Isto é un reto e un combate tamén, pois o individualismo ten raíces fondas, como testemuñan estas palabras de A. Cencini: “Existe un individualismo pastoral inmenso, lo que comporta un riesgo de paralización de todo proyecto de renovación pastoral, pues el alma de toda renovación eclesial es la comunidad, y lo que no pasa a través de la comunidad, o no es apoyado y vivido por ella, no puede tener vida duradera”.

O desexo e testamento de Xesús, “que todos sexan un” ponnos no camiño sinodal das comunidades dos Feito dos Apóstolos de quen somos prolongación e continuidade.

“Nas igrexas que van fundando os apóstolos a vida comunitaria é un trazo fundamental e identitario”

ADVIENTO

Tiempo de espera y esperanza, para avivar la dimensión comunitaria de las celebraciones sacramentales.

Miguel Salas Pérez

La humanidad [...] «sólo llegará a su perfección en la gloria del cielo [...] cuando llegue el tiempo de la restauración universal y cuando, con la humanidad, también el universo entero, que está íntimamente unido al hombre y que alcanza su meta a través del hombre, quede perfectamente renovado en Cristo»¹. El cielo es el fin último y la realización de las aspiraciones más profundas que el hombre puede y debe esperar, por ello, hemos puesto nuestra esperanza en las promesas de Cristo y en la gracia del Espíritu Santo².

El *adviento*, es el tiempo litúrgico que rememora por medio de la acción litúrgica de la Iglesia, la dimensión histórico-sacramental de la salvación. La salvación es un hecho histórico y sacramental. Histórico, porque cuando «[...] llegó la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo la ley [...]» (cf. Ga 4,4-5); sacramental, porque «[...] es a través de la Liturgia, principalmente a través de los sacramentos, por cuyo medio se ejerce la obra de nuestra Redención»³.

Historia y sacramentos se aúnan en la Iglesia; espacio en el cual somos regenerados bajo la acción del Espíritu Santo y puerta de entrada a la gloria del cielo (cf. Jn 3,5). Hemos sido creados para el cielo, para la vida «[...] que salta hasta la vida eterna» (Jn 4,14). Por ello, el *adviento*, es el tiempo litúrgico que nos habla de esta dimensión escatológica de la vida cristiana y nos revela progresivamente, la verdadera, profunda y misteriosa verdad del hombre.

En las páginas del profeta Isaías, encontramos el anuncio y el eco perenne de «[...] cuál es la esperanza a la que os llama, cuál la riqueza de gloria que da en herencia a los santos, y cuál la extraordinaria grandeza de su poder en favor de nosotros, los creyentes [...]» (Ef 1,18).

Al igual que Juan Bautista, el último de los profetas, la Iglesia, es el signo histórico-sacramental de la intervención de Dios en medio de la humanidad, con la misión de preparar los caminos del Señor (cf. Is 40,3), de anunciar el «conocimiento de la salvación» (cf. Lc 1,77-78) y, sobre todo, de señalar a Cristo ya presente en medio de «un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo»⁴, para celebrar comunitaria y sacramentalmente, la Pascua de Jesucristo, garantía y prenda de la gloria futura⁵, que nos hace exclamar en vigilante y gozosa espera «*Maranatha*: Ven, Señor Jesús» (cf. Ap 22,17.20).

“El adviento, es el tiempo litúrgico que rememora por medio de la acción litúrgica de la Iglesia, la dimensión histórico-sacramental de la salvación”

1 CONCILIO VATICANO II, *Lumen Gentium* 48; CIC 1042.

2 Cf. *Ibid.*, 1817-1821.

3 CONCILIO VATICANO II, *Sacrosanctum Concilium* 2.

4 CONCILIO VATICANO II, *Lumen Gentium* 4.

5 «¡Oh sagrado banquete, en que Cristo es nuestra comida; se celebra el memorial de su pasión; el alma se llena de gracia y se nos da la prenda de la gloria futura!» (*Liturgia de las Horas. Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo*, Antífona del «Magnificat» para las II Vísperas).

No hay Iglesia sin una asamblea —comunidad de bautizados— convocada bajo la acción del Espíritu Santo, que celebren unánimes y concordes, con un mismo sentir y un mismo amor, con los mismos sentimientos (cf. Flp 2,2.5), la victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte (cf. 1Cor 16,54-57)⁶. Urge en nuestras parroquias comunidades heterogéneas de todas las naciones, razas, pueblos y lenguas (cf. Ap 7,9), que siendo uno (cf. Jn 17,21-22) y amándose en la dimensión de la cruz (cf. Jn 13,35), muestren en medio del mundo, la vivencia de una comunidad que se dirige ininterrumpidamente hacia la conversión (cf. Mc 1,15), hacia la Pascua escatológica —las Bodas del Cordero (cf. Ap 19,7-9)—, la resurrección, que es la transformación de este hombre de muerte que llevamos dentro, en espíritu de vida. La conversión es un elemento constituyente de la espiritualidad del *Adviento*: los pobres de Yahveh, los mansos, los misericordiosos [...], a quienes Jesús proclamó bienaventurados (cf. Mt 5,3-12). La comunidad es el marco de la acción regeneradora y restauradora de Dios; es el *rejem*⁷ —la matriz— de Dios por medio del cual somos recreados para la gloria del cielo (cf. Jn 3,5-8). Se hace imprescindible un nuevo tipo de comunidad parroquial que ofrezca «caminos nuevos para que el Evangelio sea anunciado»⁸; un nuevo modelo de «pastoral de evangelización», que introduzca pedagógica y mistagógicamente al hombre, en la comunidad parroquial —*rejem*—, donde vivir y ser introducido, en los misterios de la fe⁹.



⁶ Cf. CIC 751-752.

⁷ El *rajamim* refiere a lo profundo de Dios, a su *rejem*, «útero». Es propiamente el lugar donde Dios nos re genera nuevamente, nos posibilita nacer como criaturas nuevas. Es un término con fuertes analogías con las entrañas maternas, con el útero materno donde es gestada una nueva vida. Esta «regeneración» es la posibilidad de retornar a la *Shekhiná*, a la vida de gracia y en consecuencia, a la comunión perdida con Dios por el pecado. Atendiendo al Catecismo de la Iglesia Católica, encontramos una analogía de sumo interés en el número 1439. En él se refiere al proceso de conversión y de penitencia descrito maravillosamente por Jesucristo en la parábola «del hijo pródigo», cuyo centro es el Padre misericordioso que acoge nuevamente en su casa, al hijo perdido que emprende su camino de retorno hacia las entrañas de misericordia de su padre. El vestido y el anillo, son símbolo de la nueva vida que vamos describiendo (cf. Lc 15,11-24).

⁸ Instrucción. *La conversión pastoral de la comunidad parroquial al servicio de la misión evangelizadora de la Iglesia a cargo de la Congregación para el Clero* (20 de julio de 2020).

⁹ Cf. PABLO VI, *Ad Gentes* 7. Desde el espíritu de la renovación litúrgica conciliar del Concilio Vaticano II, se insistió en la restauración del *catecumenado* de adultos para la conveniente instrucción: cf. CONCILIO VATICANO II, *Sacrosanctum Concilium* 64.

ESPIGANDO LOS TIEMPOS LITÚRGICOS

Ramiro González Cougil

Deseo, en este trabajo, ofrecer a los lectores una reflexión sencilla sobre el contenido teológico-litúrgico de algunos textos, relativos al año litúrgico: de Adviento, Navidad y tiempo ordinario. Me he centrado en los domingos, dado que presentan contenidos teológicos y litúrgicos más ricos.

He comenzado sintetizando los contenidos de los cuatro domingos de Adviento con los que se abre el año litúrgico. Procuro ofrecer temas e ideas que son importantes, para penetrar en los contenidos significativos y en ciertas líneas interesantes para ponerlas en práctica. Los comentarios relativos a los domingos son breves y requieren cierta reflexión para ampliarlos. A continuación, expongo los comentarios relativos al Adviento.

1. El tiempo de Adviento.

Un año más, entramos en el Adviento. Conocemos sus contenidos y espiritualidad tantas veces recordadas en años pasados. Todo nos habla de que “Alguien” viene de lejos, de “arriba”. Pero es Alguien que nos trasciende, nos asombra y quiere acercarse a nosotros. Nosotros, en el fondo, también le necesitamos. Le necesitamos como la tierra la lluvia. Se nos pide preparar los caminos del Señor. Es el que viene. “Bendito el que viene en nombre del Señor”. Con Juan Bautista escuchamos la voz que clama en el desierto. Simplemente es voz. Pero esa voz, nos acerca a la Palabra, al Verbo de Dios. Éste se hace carne en las entrañas de María y Dios está con nosotros. El Adviento termina en la Navidad, como la flor en el fruto.

El Adviento con sus cuatro domingos, nos conduce a los contenidos del misterio celebrado. Isaías, presente en la liturgia de los cuatro domingos, nos ofrece acontecimientos, imágenes y símbolos que apuntan a la Persona del que va a nacer. Juan Bautista, predicador valiente, prepara y dispone al pueblo penitente. Desea un pueblo bien dispuesto. Profeta, defensor de la verdad, muere por el despotismo de un rey criminal. El Adviento se torna en tiempo de espera y compromiso de conversión en la fe. La esperanza de Adviento concluye en el misterio adorado en el portal. A la espera le sigue la manifestación y el encuentro gozoso de Belén.

Los tres primeros domingos apuntan a la venida definitiva del Señor. Será definitiva para todos. Jesús es el Juez que sentencia con toda justicia. Los hombres desconocemos el día y la hora del



juicio. Por eso, el Adviento pide estar despiertos, vigilar y orar. Es un tiempo que rezuma elementos abundantes de escatología: la venida definitiva del Señor, salir a su encuentro el último día, imitar a las vírgenes prudentes con las lámparas preparadas, al criado fiel y solícito que espera la vuelta del amo, escapar de la ira que predica el Bautista. Esta dimensión escatológica es destacable en el Adviento cristiano. Será muy bueno resaltarla y mostrar sus aspectos de incidencia en la vida cristiana.

El cuarto domingo se centra en María, la humilde esclava del Señor. En la Virgen culmina el Adviento. En ella llega a su cima la espera de los humildes y pobres de Israel. Nadie esperó con más ansia al Señor. Nadie cuidó de su Hijo como ella. Nadie sufrió y gozó con Jesús como ella.

Eva nos trajo la ruina y María la salvación. La Iglesia bendice al Padre por el misterio de la Virgen-Madre. En ella, Madre de todos los hombres, la maternidad, redimida del pecado y de la muerte, se abre al don de una vida nueva. María es la mujer humilde que procede del “resto” de Israel, confía en Dios, vive en pobreza y deposita toda su esperanza en el Señor. Con María entramos en la profundidad del misterio de la encarnación.

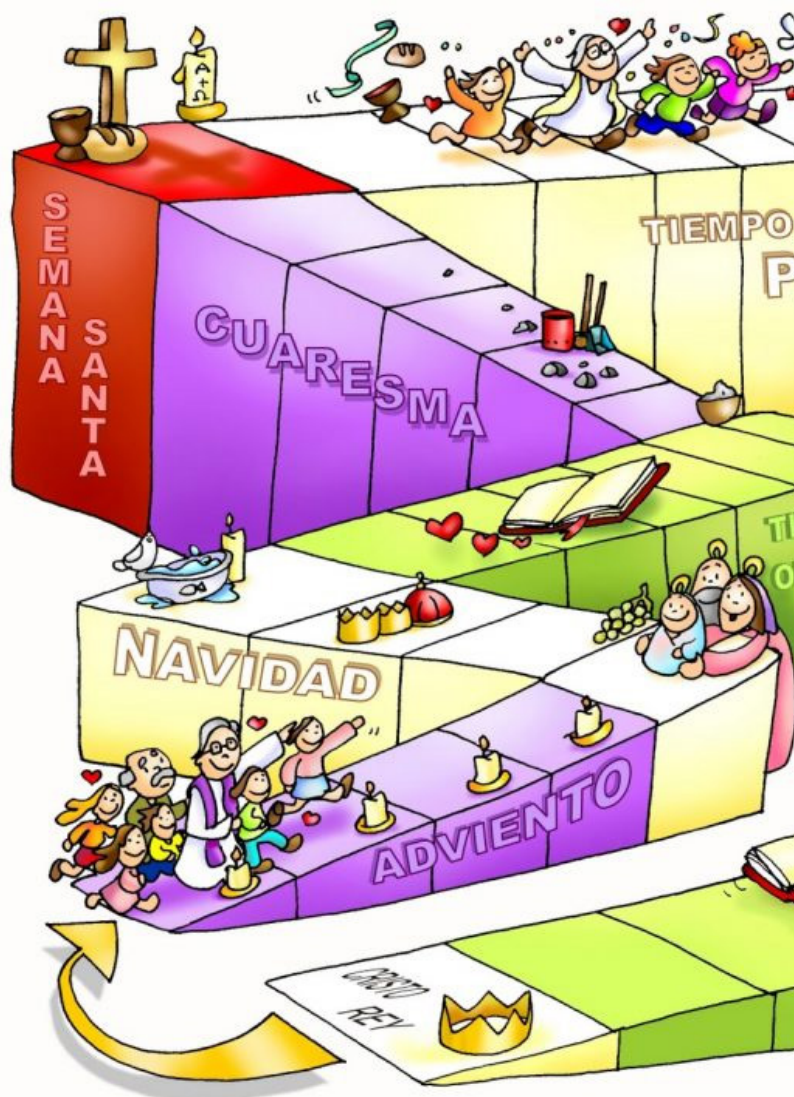
2. El tiempo de Navidad y Epifanía

A continuación, vienen los textos relativos a la Navidad. He seleccionado un comentario para la Navidad, otro para la octava, otro para la Sagrada Familia y otro para la Epifanía. Son textos que recogen la densidad del misterio que se celebra y que requieren reflexión, estudio y oración. Éstos son los comentarios que se refieren a la Navidad y Epifanía. Todos se centran en el misterio del Verbo hecho carne. La Epifanía la presentamos como solemnidad unida a la Navidad. En realidad, son dos solemnidades que se complementan en torno al misterio de la encarnación del Hijo de Dios. Éstos son los comentarios a la Navidad.

2.1. El tiempo de Navidad

Adviento y Navidad se reclaman e interfieren. Navidad encierra el profundo misterio de la

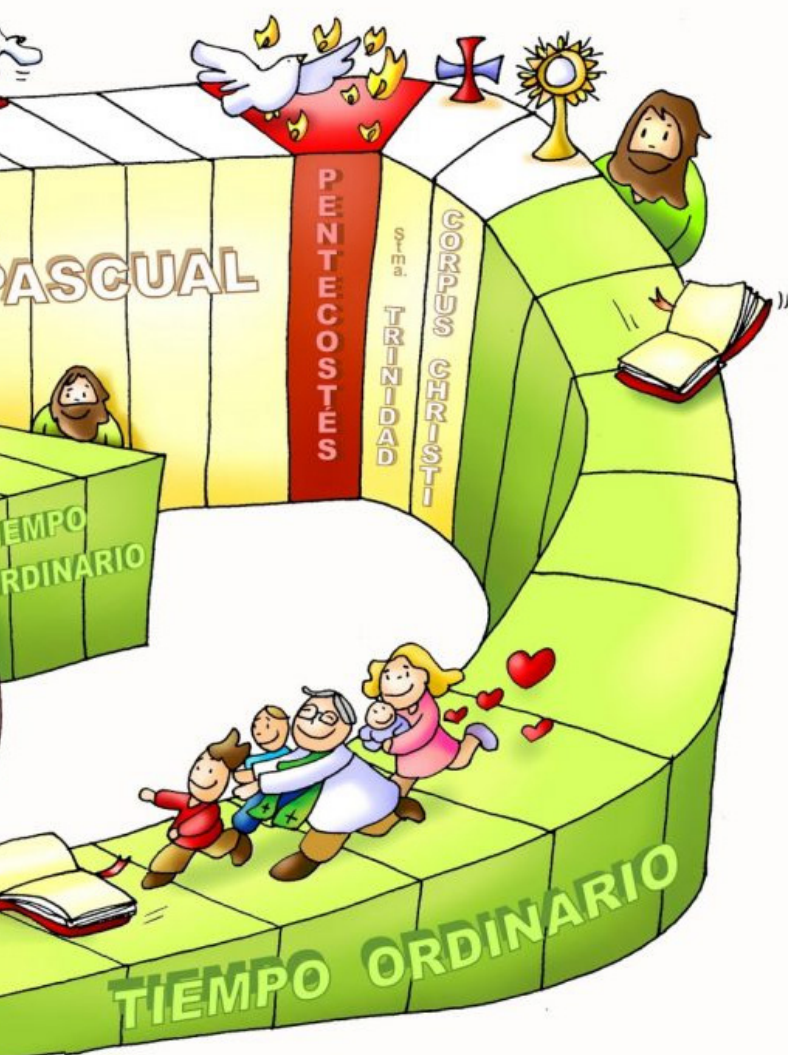
encarnación del Hijo de Dios en las entrañas de la Virgen-Madre. El Hijo de Dios, de invisible se hace visible, de eterno entra en el tiempo. Podemos contemplarlo en el rostro de un niño. La encarnación reconstruyó lo caído, restauró el universo y al hombre, sumergido en el pecado, lo llamó de nuevo al reino de los cielos. La luz de la gloria brilló ante nuestros ojos con un resplandor nuevo. El niño que nace es Dios con nosotros. Los hombres pueden encontrarlo como Salvador.



La octava de Navidad celebra a la Virgen María como Madre de Dios. La Iglesia, en este día, contempla a la que dio a luz al Salvador, el instrumento más precioso después del Hijo. La proclamamos “Madre santa, Madre del Rey que gobierna cielo y tierra por los siglos de los siglos”. Es un día para pedir por la paz. María es la mujer portadora de la verdadera paz: Je-

sucristo. A la Iglesia la llena de gozo esta celebración del comienzo de nuestra salvación. La Madre ayuda a conocer y valorar la realidad humana del Hijo. Por eso, a los ocho días de la celebración del Hijo, la Iglesia celebra a la Madre.

En el tiempo de Navidad, la Iglesia celebra también la fiesta de la Sagrada Familia. Jesús, José y María son los protagonistas del hogar de Nazaret. Mucho nos enseñan y mucho más es lo que viven, bajo la mirada misericordiosa de Dios Padre.



En la Santísima Trinidad hay vida compartida, hay mutua entrega plena y amor constante y recíproco. Las familias cristianas están llamadas a ser un reflejo de la familia de Nazaret: acogándose, comprendiéndose, amándose y comunicándose la vida y el amor gozoso. En Nazaret se trabaja, se ora y se comparte todo. Y en Nazaret se valora el silencio y la oración.

2.2. El tiempo de Epifanía

Epifanía es la solemnidad que tiene por objeto la manifestación del Hijo de Dios a todos los pueblos, presente en la humildad de un Niño pequeño. Los tres Magos representan a la humanidad que busca la luz que le guíe en el camino hacia Dios. Herodes persigue al Niño para matarlo, pero no lo consigue, sino que quita la vida a niños inocentes. Los Magos ven de nuevo la estrella y ésta les conduce al portal, donde encuentran al Niño-Rey. Ofrecen al Niño oro, incienso y mirra. Después, retornan a su tierra por otro camino. A toda la Iglesia se le revela que los gentiles son coherederos de la promesa. El Hijo de Dios viene al mundo para toda la humanidad. El Niño-Rey viene a salvar a todos. Se postrarán ante él todos los pueblos de la tierra.

2.3. El Bautismo de Jesús

El Bautismo de Jesús es, por una parte, el cierre de las fiestas de Navidad y, por otra, la entrada en el tiempo ordinario. Es una solemnidad con mucho sentido trinitario, cristológico y eclesiológico. Actúa el Padre y el Espíritu sobre el Hijo que se sumerge en las aguas del Jordán. El Bautismo de Jesús es el comienzo del bautismo cristiano. Jesús, por el bautismo, hace pasar al hombre de la muerte a la resurrección, del pecado a la gracia y hace del hombre templo del Espíritu.

A continuación, tenemos el comentario sobre el Bautismo de Jesús. El bautismo de Jesús manifiesta quién es Él y qué llevará consigo su presencia entre los hombres. Es el Hijo “muy amado” en quien se complace el Padre. El Espíritu Santo descende sobre Jesús, en apariencia corporal, semejante a una paloma. Tiene lugar la unción del Espíritu Santo que se posa en Jesús. Pero, ante los hombres, Jesús aparece como uno de tantos. Las aguas del Jordán son santificadas al contacto con su cuerpo y el hombre es purificado. Jesús viene con humildad, servicio y una entrega total. Por el bautismo nos hace hijos adoptivos, por la unción del Espíritu Santo, identificados con su misión a los más pobres y a los que sufren.

3. El tiempo ordinario

El tiempo ordinario lo constituyen 33 ó 34 semanas en el curso del año litúrgico. Se sitúan entre Navidad y Cuaresma y después de Pascua, hasta el final del año litúrgico. En estos domingos, no se celebra ningún aspecto peculiar del misterio de Jesucristo, más bien se hace memoria del mismo misterio de Cristo en su realidad plena, de modo especial los domingos. Nos podemos formar cierta idea de los contenidos, por los diez prefacios dominicales que enriquecen su liturgia.

Los títulos de los diez prefacios son: “El misterio pascual y el pueblo de Dios” (I); “El plan divino de la salvación” (II); “El hombre salvado por un hombre” (III); “Las etapas de la historia de la salvación” (IV); “Las maravillas de la creación” (V); “La prenda de nuestra Pascua eterna” (VI); “La salvación, fruto de la obediencia de Cristo” (VII); “La Iglesia unificada por virtud y a imagen de la Trinidad” (VIII); “La acción del Espíritu en la Iglesia” (IX); “El día del Señor” (X). La riqueza de contenidos teológico-litúrgicos es muy grande en los textos indicados.

El prefacio X del tiempo ordinario versa sobre el domingo o día del Señor. Es el día en que la familia cristiana se reúne para escuchar la Palabra, comulga el pan de vida, partido y único. Celebra el memorial de Cristo resucitado esperando el domingo definitivo, en el que los hombres lleguen al descanso eterno. Es un texto precioso que reúne los contenidos teológico-litúrgicos del día del Señor: reunión de la comunidad, escucha de la Palabra, comunión eucarística, hacer memoria del misterio pascual y esperar el descanso eterno.

El prefacio I se centra en el misterio pascual y el pueblo de Dios. Dos temas que se unen bien con los domingos del tiempo ordinario. Jesucristo, por el misterio pascual, llevó a cabo el llamarnos del pecado y de la muerte a la maravilla de “ser estirpe elegida, sacerdocio real, nación consagrada, pueblo de su propiedad”, para que, pasando de la tiniebla a la admirable luz de Dios, gitemos al mundo sus maravillas. El domingo subraya la realización del misterio pascual con todo lo que lleva consigo. Del misterio pascual dimana la realidad del pueblo de Dios, pueblo de la propiedad de Dios, sacerdocio real.

El prefacio II se centra en el plan divino de la salvación. En él se afirma que Cristo compadeciéndose de la desgracia (pecado) de los hombres, asumió el nacer de la Virgen, sufrió la cruz para librarnos de la muerte y resucitando nos dio la vida perpetua. La brevedad del texto, contrasta con la riqueza de contenido. La salvación comporta un plan por parte de Dios. Este plan incluye: la actuación misericordiosa y constante de Dios frente al pecado del hombre, la encarnación del Hijo en las entrañas de la Virgen, la crucifixión del Señor y su resurrección de entre los muertos.

El prefacio V trata de las maravillas de la creación. Dios creó el universo y estableció el retorno de las estaciones. Sometió al hombre todas las maravillas del mundo. Así, en nombre de Dios, el hombre domina la creación. Contemplando las grandezas del Señor, el hombre alaba constantemente al Padre, por Cristo, Señor nuestro. Dios crea gratuitamente y sin buscar nada para él. Sostiene el ritmo de la naturaleza y del tiempo. Creando, ofrece a los hombres la deseada riqueza que hace posible el progreso integral del mismo. El hombre ha sido formado a imagen y semejanza de Dios para convertirse en señor de todo lo creado.

El prefacio VI versa sobre la prenda (garantía) de nuestra Pascua eterna. En Dios “vivimos, nos movemos y existimos”. Dios nos rodea y entra en toda nuestra persona. Y nosotros somos en Él. Mientras vivimos en nuestra realidad corpórea, no sólo hacemos experiencia del amor de Dios, sino que gozamos “ya en prenda de la vida futura”. Esperamos disfrutar de la Pascua eterna, porque poseemos “las primicias del Espíritu” por quien el Padre ha resucitado a Jesús a la vida nueva. Gozar ya con garantía de la vida futura, hace que esperemos disfrutar de la Pascua eterna.

Conclusión

Hemos espigado algunos de los textos relativos al tiempo de Adviento, Navidad y tiempo ordinario. Los contenidos son significativos de la teología y liturgia de dichos tiempos. De ahí brota la espiritualidad y debería arrancar también la pastoral.

Ojalá este trabajo pueda ser útil a las comunidades cristianas y grupos de pastoral.

AL RITMO DE LA PROGRAMACIÓN DIOCESANA DE PASTORAL

“Caminar Juntos: La Conversión Pastoral a la Luz de la Sinodalidad en la Diócesis de Ourense”

David Roa Zambrano



En el corazón verde y montañoso de Ourense, donde las campanas aún marcan el ritmo de los días y los caminos de Santiago cruzan aldeas llenas de historia y fe, la Iglesia diocesana se encuentra ante un desafío y una oportunidad: vivir una verdadera conversión pastoral a la luz de la sinodalidad. No se trata de una moda ni de una estrategia administrativa, sino de una llamada profunda del Espíritu que impulsa a renovar las estructuras, los estilos y las actitudes para volver al Evangelio y al pueblo.

En palabras del papa Francisco, *“la sinodalidad es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio”*. Y este camino, en tierras ourensanas pasa por escuchar con ternura la voz de los mayores, acoger con esperanza el paso de los jóvenes, y redescubrir que la parroquia no es solo un edificio, sino una comunidad viva de discípulos misioneros.

1. La conversión pastoral: un cambio de mirada y de corazón

Hablar de conversión pastoral no es hablar solo de reorganización o de nuevos planes pastorales. Es, ante todo, una metanoia, un cambio de mentalidad y de corazón. Implica pasar de una pastoral de mantenimiento a una pastoral misionera, aunque muchos de nuestros hermanos fueron y están en zonas de misión en todo el mundo, pero tenemos que pasar de la costumbre al anuncio vivo, de una Iglesia centrada en sí misma a una Iglesia que sale al encuentro.

En Ourense, esta conversión se concreta en realidades muy palpables: parroquias dispersas y sacerdotes que acompañan múltiples pueblos. Pero también en una riqueza inmensa: la fe sencilla de la gente, la devoción a los santos locales, las romerías que todavía congregan familias enteras, y la caridad silenciosa que se vive en cada aldea.

La conversión pastoral exige reconocer que no basta con mantener lo que tenemos, sino revitalizar lo que somos. La diócesis está llamada a seguir tejiendo una red de comunidades vivas donde la Eucaristía, la escucha de la Palabra y el servicio fraterno sean el centro.



2. Las pistas diocesanas para vivir la sinodalidad

En los últimos años, la Diócesis de Ourense ha venido reflexionando sobre cómo aterrizar el proceso sinodal en su realidad concreta. Las pistas que se proponen no son recetas cerradas, sino orientaciones inspiradas en la escucha, el discernimiento y la comunión, incluso en la reestructuración de los arciprestazgos y la puesta en marcha de las Uaps

2.1. Escuchar con el corazón

La primera pista es la escucha. Escuchar a los laicos, a los jóvenes, a los mayores, a los consagrados, a los sacerdotes, y también a quienes están lejos de la Iglesia. En una tierra donde las distancias físicas son grandes y las aldeas se vacían, escuchar se convierte en un acto de comunión. Recuerdo algunos jóvenes de la Diócesis que me dijeron, “es la primera vez que hablamos con un sacerdote” y me hizo pensar, estamos cerca de nuestro pueblo o no.

Por ello encuentros arciprestales son espacios que deben revitalizarse para que todos tengan voz. La sinodalidad se aprende caminando, hablando y rezando juntos. Escuchar sin juzgar, acoger sin miedo, discernir sin prisas.

2.2. Caminar juntos y no cada uno por su lado

Otra pista fundamental es fortalecer la coordinación pastoral. En Ourense, donde los sacerdotes atienden varias parroquias y los equipos pastorales comparten esfuerzos, urge trabajar en comunión, no en soledad. Los equipos de trabajo interparroquiales y las redes de voluntariado son signos de esperanza.

La sinodalidad invita a pasar de la pastoral de “mi UaP” a la pastoral de “nuestra Iglesia diocesana”. Cada comunidad, por pequeña que sea, es una pieza viva del mosaico diocesano, y ninguna debe sentirse olvidada.

2.3. Formar para servir

La conversión pastoral necesita también formación. No solo en teología o liturgia, sino en espiritualidad de comunión, liderazgo cristiano y discernimiento comunitario. Es necesario ofrecer espacios de formación para laicos comprometidos, catequistas, animadores de la caridad, y agentes de pastoral juvenil.

Como recordaba el papa Francisco, “una Iglesia sin formación es una Iglesia sin sabor y sin impulso misionero”. En Ourense los movimientos de Acción Católica, los grupos bíblicos y los encuentros juveniles y otros movimientos, son herramientas preciosas que deben fortalecerse.

“Hablar de conversión pastoral no es hablar solo de reorganización o de nuevos planes pastorales. Es, ante todo, una metanoia, un cambio de mentalidad y de corazón”

2.4. Reavivar la dimensión misionera

No hay conversión pastoral sin misión. En un contexto de **descristianización progresiva**, donde muchos bautizados viven alejados, la sinodalidad nos recuerda que **cada bautizado es misionero**. No hace falta ir lejos: el campo misionero está en la propia comarca, en el vecino que sufre soledad, en los jóvenes que ya no frecuentan la parroquia, en las familias que buscan sentido.

Reavivar la misión significa **volver a las fuentes**: anunciar el Evangelio con alegría, celebrar con profundidad, y servir con amor. Significa también aprovechar los **medios digitales**, las **redes sociales** y los **nuevos lenguajes** para llegar donde antes no llegábamos.

Ejemplos de una Iglesia en camino

Hay signos alentadores en nuestra diócesis que muestran que la conversión pastoral ya está en marcha. Las **misiones populares**, los **proyectos de pastoral rural**, los **encuentros de jóvenes en el Seminario Menor**, las **celebraciones del Jubileo Diocesano** y las **iniciativas de Cáritas** en favor de los más vulnerables son expresiones concretas de una Iglesia que no se resigna, sino que se renueva.

En las parroquias de montaña, donde a veces solo queda una docena de fieles, la sinodalidad se hace carne en la **fidelidad silenciosa de las mujeres mayores** que preparan el altar, en los **sacerdotes itinerantes** que recorren kilómetros por amor al Evangelio, y en los **inmigrantes que vienen a construir su hogar en estas tierras gallegas y muchos de ellos trabajan acompañando** a los ancianos en las residencias. Allí la Iglesia se muestra viva, sencilla y profundamente evangélica.

Conclusión: una Iglesia que vuelve a sus raíces para florecer de nuevo

La conversión pastoral, iluminada por la sinodalidad, no es un sueño lejano ni un documento para archivar. Es una **tarea diaria**, una forma de ser Iglesia que requiere paciencia, humildad y esperanza. En Ourense, tierra de fuentes termales, esta conversión puede compararse con el agua que brota y purifica: **renueva desde dentro y da vida donde parecía haber sequedad**.

El Espíritu Santo nos invita a mirar el futuro sin miedo, con los pies firmes en la tierra gallega y el corazón abierto al mundo. La Diócesis de Ourense está llamada a ser **Iglesia de comunión, participación y misión**, donde cada bautizado se sienta parte viva del Cuerpo de Cristo.

Que en este proceso sinodal aprendamos a caminar como los discípulos de Emaús: **escuchando, conversando y reconociendo al Señor en el partir del pan**. Porque solo una Iglesia que camina unida podrá seguir anunciando el Evangelio en las aldeas, en las ciudades, en las redes y en el corazón de todos los ourensanos.

AS UNIDADES DE ATENCIÓN PARROQUIAL

A tempos novo, estruturas pastorais novas

Francisco Pernas

Faltan curas ou sobran parroquias?

Algúns recordarán aquel poema de Rosalía de Castro, ao que puxeron música Fuxan os ventos, “este vaise e aquel vaise, e todos todos se van, Galicia sen homes quedas que te poidan traballar”, no que describe o doloroso momento da partida para emigración que valeiraba a terra galega de xente nova, que se alonxaba do terruño en busca dun modo de vida mellor.

Noutro orde de cousas podemos dicir que algo así sucede na nosa Igrexa: o número de cregos vai diminuindo, a idade das xentes do noso pobo aumenta, os pobos quedan valeiros e o relevo xeracional, en todos os orde, é cada día máis difícil, a comodida de fai que nos dispensemos de participar na Eucaristía dominical, cada día somos menos. Ante esta realidade aparece o lamento de que faltan curas para atender as nosas parroquias. E temos que recoñecer que é certo: non é posible pensar nun cura para unha soa parroquia ou para un número de parroquias que poida atender doadamente, e vémoslos os domingos correndo de parroquia en parroquia.

Pero tamen é certo que moitas das nosas parroquias xa non son unha comunidade suficiente de fieis para poder levar adiante a misión que esta ten que desenrolar: anunciar, celebrar e testemuñar a fe. Por outra banda, as veces os templos parroquiais están mais cerca un do outro que algúns lugares da mesma parroquia do seu propio templo parroquial e, xeralmente, os fegreses acuden a celebración en coche. Non chegarían os tempos de cambiar as cousas? En vez de correr os cregos a onde se atopan uns poucos feligreses, que busquemos o xeito de encontrarnos en lugares e espazos axeitados onde podamos celebrar a fe con calma nunha comunidade suficiente? Certo que non é cuestión só de números, pero algo tamén.

Tamén temos que pararnos a reflexionar por si esta situación, nun contexto eclesial no que case todo recae sobre o sacerdote, nos pode levar a caer nunha fe de mínimos: Misa dominical, cando vén o sacerdote e cando non dispénsámonos, en lugar de traballar para desenrolar os ministerios laicales, promovendo a participación dos laicos na vida e misión da Igrexa.

Por outra lado estes caer na tentación de acomodare a asistir ou, no mellor dos casos, colaborar en algo, pero non asumir a súa misión de bautizados na parroquia e no mundo.

Neste contexto xurde un interrogante ineludible, pode un crego facer o traballo que antes facían varios? A resposta é clara, como antes non. Polo tanto ou buscamos novos modos de traballo pastoral implicándonos todos, curas e laicos, ou a deixadez iranos levando a unha fe cada día máis endeble e menos testimonial. Cal pode ser o camiño? Son as Unidades de atención Parroquial unha ferramenta axeitada? Si o son, como teñen que artellarse? A proposta é ambiciosa, e é certo que non poderemos dar resposta a todo, pero, polo menos tentemos de achegar algo de luz.

“Moitas das nosas parroquias xa non son unha comunidade suficiente de fieis para poder levar adiante a misión que esta ten que desenrolar: anunciar, celebrar e testemuñar a fe.”

Qué son as UaPs?

O primeiro a clarificar que é unha Unidade de atención Parroquial (en adiante UaP) non é unha institución xurídica, senón pastoral. E dicir, as parroquias agrúpanse para o traballo pastoral, pero seguen conservando a súa identidade xurídica, os seus bens, o seu arquivo...

Tentando unha definición podemos dicir que: *Unha UaP é unha agrupación estable de parroquias limítrofes para formar unha comunidade cristiá, viva, fraterna e orgánica que permita realizar as actividades apostólicas propias dunha pastoral misioneira coa participación e colaboración dos fieis, encomendada polo Bispo a un sacerdote, ou equipo sacerdotal, como unidade de evanxelización.*

Que buscamos pondo en marcha as UaPs?

O que se busca é unha acción pastoral conxunta que permita superar o clericalismo e promover unha corresponsabilidade diferenciada entre todos os membros da comunidade, cada un segundo as súas posibilidades e vocación. Isto implica un proceso de conversión e de maduración na fe, tanto por parte do sacerdote (el non pode, nin debe facelo todo, aínda que é o responsable da administración

e coordinación de toda a actividade pastoral e administrativa das parroquias da UaP) e dos fieis que, en virtude do seu bautismo, deben participar na misión da Igrexa, non conténdose con ser consumidores de servizos relixiosos, e para iso precisan formarse.

Ademais búscase formar unha comunidade cristiá que poida anunciar o Evanxeo (catequese de nenos e adultos, movementos, grupos), celebrar dignamente a fe (celebracións pausadas, cunha comunidade suficiente na que haxa lectores, cantores e outros ministerios e póidanse organizar outras celebracións na que cada un participe segundo a súa condición), estruturar a acción caritativa e promover Consellos de Pastoral con participación proporcional de todas as parroquias e de Economía para promover a transparencia no coidado e administración dos bens das parroquias. Así enriquecémonos e damos testemuño de comunión, participación e misión, cada un segundo a súa vocación: o sacerdote como tal e sen diluír a súa identidade, e os laicos (cuxa misión fundamental é o secular) sen clericalizarse pero vivindo a súa acondición bautismal. Estas comunidades deben de promover, coa colaboración de todos, a formación de axentes de pastoral capacitados para levar a cabo a misión que se lle confíe.



Promover estruturas axeitadas

Para isto e preciso contar con un Centro de Atención Pastoral de referencia no que se acolle as persoas e realícense as actividades pastorais da UaP, conservese ben organizado o Arquivo das diferentes parroquias e lévese a correcta Administración dos bens de cada unha. Pero tamén temos que promover as Eucaristías de referencia.

Na parroquia de referencia debe haber Eucaristía todos os domingos a hora fixa, e nas demais rotando segundo as posibilidades, e estes horarios deben ser coñecidos de todos os fiéis. E, aínda que isto non suple o precepto dominical, urxe preparar persoas que, cando sexa necesario e coa debida autorización, reúnan a comunidade para orar, escoitar a Palavra de Deus, ter unha novena, ou rezar polos vivos e defuntos. E dicir, non basta un cura ou un equipo de curas, senon que é preciso un equipo pastoral formado por laicos, relixiosos e relixiosas (si os hai) e curas que traballen en comunión e promovan a participación de todos os fieis e de todas as comunidades. Así seremos unha comunidade de referencia no medio dos nosos pobos que, coa súa presenza e estilo de vida, evanxelize.

Os tempos novos, requiren novos modos de organización e estilo pastoral. Non se trata de cal parroquia é máis importante ou menos, senon de traballar xuntos pondo os dóns que Deus nos regala a cada un o servizo do ben da comunidade, nunha harmonía diferenciada. Así, con este estilo sinodal, seremos no medio deste mundo dividido por tantas liortas, descalificación e enfrontamentos, unha profecía do Reino de Deus. Urxe que nos paremos e xuntos discirnamos como promover as UaPs na nosa Diócese, xa que non se trata “de por os marcos aquí ou aló”, senon dunha conversión das persoas e das estruturas para poder levar a cabo, do mellor xeito posible, a misión e escoitar o que o Espírito Santo nos pide a Igrexa neste tempo. Non se trata de con quen nos toca senon de sentirnos pobo de Deus peregrino.



A EUCARISTÍA DOMINICAL UNIR O DISPERSO

Néstor Álvarez Rodríguez

A maioría das parroquias da nosa Diocese, ata fai non moitos anos, tiñan asegurada a celebración da misa dominical. A fe transmitíase e vivíase no seo das familias e o domingo celebrábase coa comunidade parroquial. A progresiva diminución do número de sacerdotes provocou que xa non se celebre misa todos os domingos en todas as parroquias.

A pregunta é, como vivir o domingo ante a escaseza de sacerdotes? As respostas son fundamentalmente tres: aumentar o número de misas dominicais que celebra cada sacerdote, formar laicos que poidan dirixir as celebracións dominicais en espera de presbítero (CDEP), e establecer en cada unidade de atención parroquial (UAP) centros de referencia nos que se asegure a celebración da misa dominical e ir rotando a celebración da misa nas demais parroquias.

Unha realidade na que (case) todo mingua

O número de sacerdotes descendeu -e parece que continuará a baixar- nas últimas décadas. Os 147 sacerdotes con cargo na Diocese son menos da metade que os que había a comezos do século XXI. O devalar do número de sacerdotes non é un feito illado, senón un síntoma do decaemento da vida cristián. Hai menos sacerdotes, menos persoas que asisten a misa, menos vodas, menos bautizos. Todo mingua, salvo o número de parroquias que continúa en 735.

A vida de fe dos cristiáns en Ourense está marcada pola parroquia. A parroquia é o lugar onde fomos bautizados, onde recibimos a primeira comunión, onde vemos cada domingo aos veciños, e onde repousan os nosos defuntos. O vínculo coa Igrexa dáse a través dunha parroquia concreta á que estamos sentimentalmente unidos, unha comunidade da que nos sentimos parte, aínda que non acudamos todos os domingos. Un número significativo de fieis desprázanse dende a vila ou a cidade para ir a misa a súa parroquia de orixe.

O estudo sociopastoral feito no Sínodo mostrou a outra cara da moeda: os campanarios das nosas igrexas están moi próximos. A distancia media das parroquias á capital do concello é de 10 Km, a unha parroquia de referencia 5 Km. O 52% das 272.000 persoas que residen no territorio diocesano vive en 24 parroquias -as 16 urbanas e as 8 cabeceira de comarca correspondentes aos arceprestados rurais- e esta porcentaxe tende a aumentar. A experiencia mostra que para asistir á misa dominical moitos utilizan o coche, ben porque acoden dende a parroquia na que residen, ben porque o fan dende un pobo da parroquia distinto a onde se encontra a igrexa parroquial¹.



1 A modo de curiosidade, o domingo antes de escribir estas liñas fixen o cálculo nas parroquias que teño encomendadas: 72 coches para 244 persoas. Menos de 4 persoas por coche.

Sen cura, sen misa?

A solución inmediata para asegurar a celebración da misa nas distintas parroquias foi que cada sacerdote celebrase cada domingo máis misas, dúas, tres ou un número maior. Logo fíxose práctica habitual que o mesmo cura que tiña que celebrar varias misas o domingo, celebrase tamén misas dominicais vespertinas o sábado pola tarde, unha, dúas ou incluso máis. A diminución de clero provocou que, aínda que queiran, moitos sacerdotes non poidan celebrar misas dominicais en todas as parroquias con un mínimo de calma. O CIC establece que o ordinario pode permitir, se hai necesidade pastoral, que un sacerdote celebre como máximo tres misas o domingo (Cf. c. 905. 2). A práctica de que un sacerdote celebre cada vez máis e máis misas, ademais de insostible, contravén as normas da Igrexa.

O Sínodo diocesano propuxo «formar laicos que poidan reunir á comunidade e celebrar a fe (CDEP), en espera do sacerdote, ofrecéndolles recursos e medios para o seu ministerio» (Proposta 118). As CDEP permiten que en cada parroquia a comunidade se siga reunindo o domingo. Esta realidade positiva non debe esquecer que a Eucaristía non é unha expresión de unidade equiparable a calquera outra, senón que é a mesma fonte de unidade (Cf. DD 32). Os fieis que participan nas CDEP pero non na misa estando en disposición de facelo non compren co precepto dominical (Cf. CIC c. 1248). Os fieis que acoden ás CDEP nas súas parroquias de orixe deixando de asistir á misa na parroquia na que residen manifestan que a unión non se busca en Cristo, senón en gustos persoais.

A celebración da Eucaristía dominical na que participan fieis chegados de distintas parroquias manifesta a identidade da propia Igrexa, quen é «assemblea convocada polo Señor resucitado, o cal ofreceu a súa vida “para reunir nun aos fillos de Deus que estaban dispersos” (Xn 11,52)» (DD 31). Os fieis que se esforzan por asistir a misa dominical cando non se celebra na súa parroquia toman conciencia e manifestan «a comunión da vida divina e da unidade do Pobo de Deus, sobre as que se funda a Igrexa» (EM 6). O testemuño dos mártires de onte e hoxe invítanos a superar inercias e rutinas para ir ao encontro de Cristo resucitado e a construír a Igrexa na celebración da Eucaristía (Cf. DC4).

Camiñar ao encontro de Cristo

Os últimos anos están marcados pola sinodalidade. A idea que se repite unha e outra vez é que “hai que camiñar xuntos”. Camiñar xuntos está ben, pero o camiñar dos cristiáns ten unha meta, camiñamos xuntos ao encontro de Cristo. O que máis avanza non é o que máis corre, senón o que máis se acerca á meta. A solución rápida e sinxela á diminución de clero pasa porque os sacerdotes celebren máis misas e onde non poidan chegar un laico dirixa a CDEP. O que máis nos acerca a Xesús e constrúe mellor a Igrexa é asistir á Eucaristía alí onde se celebre. O risco de que algunhas persoas se afasten da Igrexa e de que algúns templos queden desatendidos é real, pero debémolo asumir.

As claves para este novo momento téñense repetido, catequese sobre a importancia da misa dominical, celebracións dignas, centros de referencia con horarios claros, manter a celebración da Eucaristía nas parroquias algún domingo ao mes e en ocasións especiais como festas e funerais. O fundamental é ter claro que as comunidades parroquiais non desaparecen, senón que se unen nunha comunidade máis ampla que pode soste a vida de fe dos seus fieis. O desafío destas novas comunidades é reunir o disperso e acoller a cada persoa, e cada grupo de persoas, de modo que se sinta como parte da comunidade e non coma un estraño que polas circunstancias se ve obrigado a asistir á misa a un lugar que non é o seu. O reto é importante, pero afrontámolo coa gracia de Deus que nos une ao seu Fillo na Eucaristía por obra do Espírito. Se outros superaron as dificultades para encontrarse con Cristo ea Igrexa na celebración do banquete pascual, nos farémola tamén.



Retos a la formación de los presbíteros del futuro desde una eclesiología sinodal

José Manuel Salgado Pérez

En una ocasión escuché a un Vicario general de una Diócesis española –abordando de modo abrupto a un profesor de teología dogmática– estas palabras literales: «todos los problemas que tienen en especial los curas jóvenes vienen de que no se les ha explicado bien la eclesiología en el Seminario». Reconozco que me disgustó esta afirmación porque tantas veces algunas cosas que nos entristecen suceden, no porque no se expliquen, sino porque existe el pecado que nos inclina al individualismo, a las faltas de comunión y a vivir mirando sólo a nosotros mismos.

Vivir la comunión es un imperativo para cualquier sacerdote que quiera ser realmente tal: **no se puede ser cristiano fuera de la comunión eclesial, menos aún ser presbítero sin vivir injertado en la comunión con el Obispo y con los hermanos en el presbiterio**. El Documento final del último Sínodo de los Obispos nos lo recuerda así en un número capital:

«En una Iglesia sinodal, los presbíteros están llamados a vivir su servicio en una actitud de cercanía a las personas, de acogida y escucha de todos, abriéndose a un estilo auténticamente sinodal. Los presbíteros “forman con su obispo un único presbiterio” (LG 28) y colaboran con él en el discernimiento de los carismas y en el acompañamiento y guía de la Iglesia local, con particular atención al servicio de la unidad. Están llamados a vivir la fraternidad presbiteral y a caminar juntos en el servicio pastoral.

También forman parte del presbiterio los presbíteros miembros de institutos de vida consagrada y de sociedades de vida apostólica, que lo enriquecen con la peculiaridad de su carisma. Ellos, «asi como los presbíteros que proceden de Iglesias orientales *sui iuris*, célibes o casados, y los presbíteros *fidei donum* y aquellos que provienen de otras naciones, ayudan al clero local a abrirse a los horizontes de toda la Iglesia, mientras que los presbíteros diocesanos ayudan a los otros hermanos a insertarse en la historia de una diócesis concreta, con sus tradiciones y riquezas espirituales. De este modo, también en el presbiterio se realiza un verdadero intercambio de dones con vistas a la misión. Los presbíteros también tienen necesidad ser acompañados y apoyados, especialmente en las primeras etapas de su ministerio y en los momentos de debilidad y fragilidad»¹.

En este curso 2025-2026, en la formación permanente del clero estamos invitados, como presbiterio de esta Diócesis de Ourense, a poner el acento de nuestra formación en el tema de la comunión eclesial que, de algún modo, se ha traducido hoy en la palabra **sinodalidad**. Cada presbítero vive también inserto en la comunión de todo el pueblo de Dios, recordando que el sacerdocio ministerial está al servicio del sacerdocio común de todos los bautizados. Además, vivir abiertos a todos los carismas –sin juicios ni prejuicios– es propio de un corazón sinodal. Todas las vocaciones nos necesitamos mutuamente, por ello, el presbítero necesita del Obispo, de los diáconos, de los laicos y de los religiosos para poder ser realmente sacerdote. Desde esta visión de la Iglesia como pueblo santo de bautizados, en comunión de carismas y ministerios, donde todos somos necesarios y todos estamos llamados a la misión, hemos de asumir los retos de la formación de los pastores del futuro desde una eclesiología de comunión, no hay otro camino. Esto ha de vivirse ya desde el seminario, sintiéndonos todos los católicos implicados en ello, ya que «la maternidad de la Iglesia particular en la formación sacerdotal se ha de expresar en la corresponsabilidad como participación activa y efectiva de todos sus miembros, cada uno según su modo y competencia propios, a lo largo de todo el proceso»².



1 XVI ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS, *Por una Iglesia sinodal: participación, comunión y misión. Documento final*, Madrid: BAC, 2024, n. 72.

2 CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Formar pastores misioneros. Plan de formación sacerdotal. Normas y orientaciones para la Iglesia en España*, Madrid: EDICE, 2020, n. 380.

“no se puede ser cristiano fuera de la comunión eclesial, menos aún ser presbítero sin vivir injertado en la comunión con el Obispo y con los hermanos en el presbiterio”

Entre los retos concretos que se abren en la tarea de la formación sacerdotal podemos citar, entre otros: mejorar la vida espiritual de los sacerdotes, combatir el aislamiento, luchar contra el activismo que prima tantas veces ante las exigencias de tener que atender a todas las necesidades, discernir de modo valiente qué es lo que pertenece de modo esencial al ministerio ordenado, crecer en transparencia y fraternidad, recuperar la alegría y la credibilidad en el ejercicio del ministerio, valorar el estudio como parte de nuestra misión, promover un acceso más amplio de los laicos a puestos de responsabilidad, reconocer y apoyar más a los consagrados y consagradas, crecer en pobreza, sencillez y cercanía a todo el pueblo de Dios, etc.

Hemos de ser muy conscientes de que la formación sacerdotal busca hacer vida en nuestra existencia de presbíteros lo que sucedió ontológicamente el día de nuestra Ordenación: **la configuración con Cristo**. Y no podemos olvidar que abarca cuatro dimensiones inseparables: **humana, espiritual, intelectual y pastoral**.

Sin pretender abarcar todo, en siete sesiones a lo largo de este curso, solo intentaremos ofrecer una pequeña ayuda que complemente esa formación que cada presbítero debe asumir como una responsabilidad personal y para la cual contamos con otros muchos medios.

Por ello, proponemos este sencillo plan de formación de noviembre a mayo para el presbiterio ourensano:

- 1. La normativa sinodal diocesana. Un signo concreto de auténtica comunión.**
- 2. El corazón de la sinodalidad. Llamados por el Espíritu Santo a la comunión.**
- 3. En la barca juntos. La conversión de las relaciones.**
- 4. Echar las redes. La conversión de los procesos.**
- 5. Una pesca abundante. La conversión de los vínculos.**
- 6. También yo los envío. Formar un pueblo de discípulos misioneros. Pistas para la fase de implementación del Sínodo.**
- 7. Asamblea sacerdotal arciprestal. ¿Cómo se está viviendo la comunión en el presbiterio? Caminos a recorrer.**

Quiera Dios que ante el reto evangelizador que nos presenta la sociedad contemporánea no aflojemos en nuestra exigencia de formación para la misión.

CONVERSIÓN PERSOAL DO CLERICALISMO Á CORRESPONSABILIDADE

Pablo Cesar González Carballo

Un dos grandes retos que afronta a Igrexa no noso tempo é a superación do clericalismo e a apertura decidida á corresponsabilidade. O papa Francisco sinalou en numerosas ocasións que o clericalismo é “unha perversión na Igrexa” porque limita a riqueza dos carismas, reduce a participación dos laicos e desfigura a natureza do servizo pastoral. Fronte a este risco, a chamada é clara: recuperar a vocación bautismal común, onde todos os fieis, cada un dende a súa condición, participen activamente na vida e misión eclesial.

A conversión persoal resulta indispensable para dar este paso.

Non se trata unicamente de reformas estruturais, de novas normas ou da creación de Consellos Parroquiais: todo iso é importante, pero resulta insuficiente se non hai unha renovación interior que transforme a mentalidade de pastores e fieis. A transición do clericalismo á corresponsabilidade implica un cambio de mirada sobre o que significa ser Igrexa, un cambio de actitude nas relacións e un compromiso sincero na construción de comunidades máis participativas, fraternas e misioneiras.

“Para o presbítero, o clericalismo pode converterse nunha tentación de dominio máis que de servizo; para os laicos, nunha escusa para non implicarse e delegar todas as responsabilidades”

O clericalismo pode definirse como unha forma de vivir a Igrexa onde o ministerio ordenado concentra o poder de decisión, acapara as responsabilidades e xera unha distancia artificial co resto dos fieis.

O dano que produce non é menor: xera pasividade nas comunidades, desmotiva ós laicos, limita a riqueza dos carismas e transmite a imaxe dunha Igrexa autorreferencial, máis preocupada por conservar privilexios que por anunciar o Evanxeo. No fondo, o clericalismo contradí a ensinanza do Concilio Vaticano II, que afirmou con forza a dignidade e misión de todos os bautizados como Pobo de Deus.

Para o presbítero, o clericalismo pode converterse nunha tentación de dominio máis que de servizo; para os laicos, nunha escusa para non implicarse e delegar todas as responsabilidades. Por iso, non abonda con sinalar este problema; é necesario iniciar un proceso de conversión persoal e comunitaria que o supere.

A corresponsabilidade é a resposta evanxélica ao clericalismo.

Significa recoñecer que todos os bautizados participan da misión de Cristo e, en consecuencia, todos son chamados a colaborar na vida e misión da Igrexa. Non é un reparto de poder, senón a posta en común de dons, talentos e carismas ao servizo do Reino.

A corresponsabilidade nace da conciencia bautismal: polo bautismo, todos somos fillos de Deus, membros do Corpo de Cristo e templos do Espírito. Esta triple dignidade non depende do ministerio ordenado, senón que pertence a cada cristián. O ministerio dos pastores ten como finalidade coordinar, animar e discernir, pero non substituír nin anular a riqueza da comunidade.

Na práctica, a corresponsabilidade tradúcese en espazos de participación real, nunha cultura de diálogo e escoita, na promoción de ministerios laicais, na transparencia na toma de decisións e na confianza mutua.

Unha parroquia ou comunidade corresponsable non xira arredor da figura do sacerdote, senón arredor da misión común que todos comparten.

Todo cambio eclesial comeza na conversión persoal. Non abonda con esixir ao outro que cambie: cada un debe preguntarse que actitudes clericais arrastra na súa vida e que pasos pode dar cara unha vivencia máis corresponsable.

A conversión persoal auténtica:

1. Implica unha conversión do sacerdote: significa renunciar á tentación do control absoluto, abrirse á participación activa dos laicos, valorar as súas achegas e confiar nas súas capacidades. Implica entender o ministerio non como poder, senón como servizo e animación da comunidade. O pastor non está por riba dos fieis, senón no medio deles como irmán e guía.
2. Precisa da conversión do laico: supón abandonar a pasividade, asumir responsabilidades e sentirse protagonista da misión evangelizadora. Implica vencer o medo a equivocarse, formarse axeitadamente e aportar tempo, talentos e compromiso na vida eclesial. A corresponsabilidade non é unha concesión do clero, senón un deber e dereito bautismal.
3. Leva consigo a conversión da comunidade: requírese pasar dunha Igrexa entendida como “servizos relixiosos” a unha Igrexa que é “comunidade de discípulos misioneiros”. Isto implica crear estruturas máis participativas, cultivar a espiritualidade de comunión e vivir a misión non como tarefa duns poucos, senón como responsabilidade compartida.

Do clericalismo á corresponsabilidade hai un longo camiño, que non se percorre só con decretos nin estruturas, senón coa conversión persoal de cada crente. A Igrexa do século XXI está chamada a ser signo de comunión, fraternidade e participación. Se queremos que as nosas comunidades sexan realmente misioneras, debemos superar a tentación do poder e abrírnos á riqueza dos carismas que o Espírito suscita en todos os bautizados.

A corresponsabilidade non elimina o ministerio ordenado nin confunde os carismas, senón que os pon na súa xusta relación: todos somos distintos, pero todos somos necesarios; cada un ten unha vocación e un servizo que ofrecer.

Cando os pastores e os laicos traballan xuntos, con confianza e corresponsabilidade, a Igrexa convértese nun verdadeiro signo do Reino de Deus: unha comunidade onde ninguén domina, todos participan e Cristo é o centro.



“SINODALIDADE, CORRESPONSABILIDADE: A QUE SOA NUNHA PARROQUIA RURAL?”

Luis Rodríguez Álvarez



A modo de metáfora: “A malla”

A malla foi durante séculos unha das prácticas agrarias comunitarias máis importantes nas aldeas galegas. Era o momento de separar o gran da palla; unha labor imprescindible para producir pan, manter reservas de cereais e resistir as penurias do inverno. Esta faena non era simplemente técnica: implicaba cooperatividade, tradición, sociabilidade interxeracional e un profundo enraizamento cultural. A malla non era só traballo, comprometía a participar a mulleres, homes, rapaces e maiores. Era un espazo de intercambio de historias, de mantemento de vínculos veciñais. Ademais era parte do que se chama *o ciclo do pan*: dende a preparación da terra, sementeira, sega, atado de mollos, meda, malla, moenda e cocido do pan. Todo isto estruturaba a vida rural. A “malla” que era o traballo colectivo por antonomasia só perdura hoxe nas zonas rurais montañosas da Galicia interior ás que, pola súa especial orografía, non teñen acceso as máquinas colleitadoras. Pero con todo, a “malla” constitúe un elemento fundamental da memoria colectiva das aldeas desta terra. É un símbolo: do traballo compartido, da autosuficiencia agraria, da identidade rural, dun ciclo da vida que abarca da semente á mesa. A malla implicaba a participación de múltiples membros da comunidade. Era un traballo colectivo que reforzaba vínculos veciñais, xeracións e vínculos de reciprocidade. Non só era traballo: era rito, momento de convivencia, transmisión oral de saberes (como manexar as ferramentas, armar as medas, sincronizar o traballo dos mallos ou do trillo). “Todo un pobo traballando coma se fose unha soa familia”, compartindo suor, sangue e bágoas o que subliña o carácter simbólico desa tarefa dos nosos antergos.

Toda unha metáfora do que debería ser a pastoral sinodal das parroquias do rural.

Poñendo a ollada na Palabra

En tempos de Xesús era identificable unha sociedade agraria colectivista, unha estrutura unitaria formada polas cidades e os seus contornos rurais. A poboación rural agrupábase en aldeas con unha vida comunitaria intensa e unha ética económica baseada no principio de reciprocidade: “hoxe por ti, mañá por min”. Esta solidariedade dábase tamén en sentido vertical. As familias campestres máis poderosas facían compatible a boa administración das súas propiedades co coidado dos seus empregados e a atención xenerosa aos veciños necesitados. Esta relación deu lugar a unha “relación de padroado” que tiña coma ideal ao patrón bondadoso (Mt 20, 1-16; Mc 12,1-12).

Xesús medrou en Galilea e aínda que non era un campesiño, coñecía moi ben a vida do seu pobo e das aldeas polas que predicou o Reino de Deus. Coñece moi ben a realidade dos agricultores e dos gandeiros. Era un fillo do pobo. Sabe como se sementa (Lc 8, 5-15), coñece a precariedade (Mt 20,1-16), a corrupción (Lc 16,1-13), a desigualdade social (Lc 16, 19-31). Xesús non era alieo a realidade rural nin a coñecía de oídas. Fíxose presente no medio desa terra de unha forma dinámica e itinerante, anunciando a intervención de Deus, compartindo mesa e vida coa xente. E xurdiu un círculo máis próximo que o acompañaba e axudaba a proclamar o Reino (Mc 2, 13-28; Lc 6,20-24; 10,1-10; 12, 22-32; Mc 6,7-13) na que promove unha solidariedade entra a xente común con un propósito claro: facer discípulos. O discipulado é un estilo de vida que crea unha nova familia na que os máis importantes son os que serven. Todo iso baseado na súa relación con Deus Pai bo, providente, xeneroso, fiel.

Mirando a Xesús e seguindo o seu mandato que se fixo moi palpable nas primeiras comunidades cristiás a misión da Igrexa no mundo rural debe volver a súa ollada os tempos orixinais para xestionar axeitadamente a súa sementeira evanxelizadora. A presenza da Igrexa no rural ten que ser, en verdade, presenza convencida, veciñanza, non só oferta de servizos relixiosos. Presenza dinámica, pero non veloz e apresurada; itinerante, pero non ocasional; isto esixe creatividade e medios axeitados. Esta presenza será comunitaria, corresponsable, sinodal ou non será. Unha presenza que debe pasar da “función” a “unción” (unxidos polo Espírito que fala dende a xente e dende o pobo, o Pobo santo de Deus).

(A presenza da Igrexa no rural será) dinámica, pero non veloz e apresurada; itinerante, pero non ocasional; isto esixe creatividade e medios axeitados. Esta presenza será comunitaria, corresponsable, sinodal ou non será.

Da metáfora á realidade: por unha parroquia sinodal e corresponsable

Cando se fala de sinodalidade non nos referimos a unha delegación de función por parte dun clero cansado; non se trata da asunción de responsabilidades por parte dun laicado que, aínda que minguado e maior, desexa descargar de tarefas o seu cura de toda a vida ou dun recentemente chegado, desconcertado ante a dispersión de frontes e parroquias. A sinodalidade é unha maneira de entender a vida da Igrexa, un cambio de paradigma e de mentalidade que implica un “modus vivendi” e un “modus operandi” diferentes co que debe insuflar novas enerxías, novo empuxe as comunidades parroquiais. A sinodalidade vai implicar procesos de aprendizaxe complexos, porque o clericalismo ambiental resístese a desaparecer.

Pode que algúns ministros non estean acostumados a este camiño que hoxe pide a Igrexa; moitos leigos tampouco. A palabra clave en moitos ambientes parroquiais é “axuda”, non “corresponsabilidade”. Uns delegan, outros aceptan a delegación. Non se senten nin uns nin outros corresponsables na misión. Hai que aprender o camiño para chegar a normalizar que a casa a facemos entre todos, que todos temos palabra, opinión, carismas, talentos e que cadaquén debe poñerse ao servizo da comunidade. Isto permitiría un impulso de renovación sostido no tempo, nos espazos e nas estruturas.

Un elemento de renovación pastoral rural e de presenza misioneira da Igrexa é a experiencia comunitaria das unidades pastorais. Unha aposta así esixe un traballo coordinado de varias parroquias de maneira que se chegue a formas concretas de programación, acción e revisión en común: equipos de catequese, de liturxia, de acción caritativa con atención aos pobres, maiores e sos que hai en tantas aldeas. A constitución de equipos coa presenza de sacerdotes, relixiosos e leigos. Implica dar pasos comunitarios que permitan a constitución de consellos pastorais e de economía representativos e activos. Espazos de oración e contemplación en mosteiros, santuarios, capelas. Moitas veces se non é posible un traballo así debe facerse a nivel arciprestal traballando non só comunitariamente os curas desa zona arciprestal, senón facendo presentes de forma activa e viva grupos de leigos que moitas veces están ausentes nestes espazos. Organizar asembleas parroquiais ou arciprestais onde se dialogue e se diseñen as liñas pastorais a seguir. Alentar e impulsar grupos que atendan e acompañen os enfermos e maiores que se encontran sen familia. E sería moi positivo ter un proxecto de pastoral rural a nivel diocesano, así como ver a posibilidade de crear un movemento especializado de cristiáns no mundo rural (que xa existen estas asociacións na Igrexa do noso país). E algo imprescindible colaborar e compartir inquiredanzas e proxectos coas asociacións e institucións que traballan no mundo rural.

Para que se faga realidade esta aposta sinodal e corresponsable será urxente suscitar e alimentar algunhas actitudes e algunhas claves de acción. Actitudes coma “sentirse chamado, paixón misioneira, encarnarse no mundo rural e na vida da xente, formación que dea conciencia rural cristiá, proximidade ás persoas, especialmente as máis esquecidas. E coma claves de acción a primeira é que dificilmente se pode programar, actuar eficazmente, acompañar, formar e avaliar se non é en grupo, en comunidade e sinodalmente. E todo isto alimentado coa espiritualidade da misericordia e dos coidados, coa espiritualidade do coidado da terra nai e coa espiritualidade comunitaria da mesa común porque é moi necesaria a comunidade para ser unha Igrexa profética e evanxélica.

Unha parroquia rural (coma todas) debe propiciar e acompañar unha espiritualidade do pequeno ao **modo de Belén** (encarnada), ao **modo de Nazaret** (contemplativa, co traballo calado), ao **modo de Galilea** (anuncio e compromiso cos pobres), e ao **modo de Xerusalén** (de aparente fracaso, pero de esperanza).

Recuperar aquel espírito comunitario das “mallas” das nosas aldeas. Xuntos.



LA TRANSPARENCIA, UNA EXIGENCIA SINODAL

Perspectiva técnico-pastoral sobre la administración de los bienes eclesiásticos¹

Raúl Alfonso González

La sinodalidad, tal como ha sido presentada en el Documento final de la Asamblea Sinodal de octubre de 2023, implica una conversión institucional que atraviesa todas las dimensiones de la vida eclesial. Entre ellas, ocupa un lugar central la transparencia en la administración de los bienes temporales de la Iglesia, entendida no solo como un imperativo ético, sino como una forma concreta de participación y corresponsabilidad en el seno del Pueblo de Dios.

El texto sinodal subraya que para una Iglesia verdaderamente sinodal es imprescindible “una cultura de la transparencia, de la rendición de cuentas y de la evaluación” (DF, 4.2). Este triple eje implica no solo procedimientos administrativos más claros, sino también una espiritualidad institucional que refleje la comunión y el servicio. El papa Francisco ha insistido en que la sinodalidad “no es una mera reforma estructural, sino una renovación espiritual y pastoral” (Praedicate Evangelium, Proemio). La transparencia, por tanto, es una expresión visible de esa conversión.

1. Fundamento teológico y canónico de la transparencia

El Documento final vincula la transparencia con la confianza mutua, indispensable para la comunión eclesial. Dice el texto: “El camino sinodal necesita que las palabras compartidas vayan acompañadas por hechos” (DF, 2.3). Esta afirmación tiene consecuencias directas en el ámbito económico: las decisiones sobre bienes, presupuestos o contratos deben ser verificables, comunicadas y sometidas a control colegiado.

¹ Documento final de la Asamblea Sinodal 2023, Secretaría General del Sínodo, n. 1.3; 2.3; 4.2. Código de Derecho Canónico (1983), cc. 1254–1289. Praedicate Evangelium, artículos 209–216. Instrucción sobre la función de los bienes temporales de la Iglesia (Congregación para el Clero, 1971).

Presbyterorum Ordinis, n. 17

El Código de Derecho Canónico, en sus cánones 1273–1289, define la responsabilidad del Romano Pontífice y de los ordinarios sobre la administración de los bienes eclesiásticos, imponiendo un deber de custodia, diligencia y rendición de cuentas. En particular, el canon 1287 § 1 dispone que los administradores “deben rendir cuentas anualmente a la autoridad eclesiástica competente”. Esta norma, de carácter jurídico, se amplía en clave sinodal: no basta con la rendición formal ante la autoridad jerárquica, sino que debe incorporarse una rendición pastoral ante la comunidad eclesial, de modo proporcional y prudente; rendición que ya se pedía legislar de modo particular por los obispos diocesanos u ordinarios en el párrafo segundo del mismo canon.

El principio de transparencia no es ajeno a la tradición eclesial. Ya el Concilio Vaticano II, en *Presbyterorum Ordinis* 17, pedía que los presbíteros “administren los bienes temporales con espíritu de pobreza evangélica y de acuerdo con la ley canónica”. El Sínodo actual actualiza este mandato, proponiendo un marco de confianza recíproca entre clérigos, laicos y consagrados en la gestión de los recursos materiales.



2. Transparencia y corresponsabilidad: una dimensión sinodal de la gestión

El Documento final reconoce que la sinodalidad “se traduce en prácticas de participación, discernimiento y responsabilidad compartida” (DF, 1.3). En materia de bienes eclesiásticos, ello exige una estructura administrativa colegial: Consejos de Asuntos Económicos en las diócesis (c. 492–494 CIC) y en las parroquias (c. 537 CIC), cuya función no es meramente consultiva, sino garante de transparencia y control.

La transparencia, además, es una expresión de la caridad institucional: permite que los recursos se destinen efectivamente al bien común y a los más necesitados. En este sentido, el canon 1254 § 2 define los fines de los bienes eclesiásticos —el culto divino, el sostenimiento del clero y de los ministros, y las obras de apostolado y caridad—, fines que deben prevalecer sobre cualquier interés económico o corporativo.

El papa Francisco, en su reforma de la Curia romana mediante *Praedicate Evangelium* (art. 209–216), ha establecido que la administración de los bienes de la Santa Sede debe regirse por “criterios de transparencia, control y competencia profesional”. Estos criterios, aunque aplicados al ámbito curial, sirven de modelo para las diócesis y parroquias: el uso de auditorías externas, la publicación de informes anuales y la profesionalización de los consejos económicos son instrumentos concretos de una cultura sinodal.

1. Mecanismos prácticos para la implementación de la transparencia

Inspirándose en el Documento final del Sínodo y en las normas canónicas vigentes, pueden destacarse cinco ámbitos operativos donde la transparencia se concreta como exigencia sinodal:

1. *Publicación y comunicación de cuentas*: cada diócesis y cada parroquia debería elaborar informes financieros comprensibles, accesibles al Pueblo de Dios y sometidos a evaluación colegiada, siguiendo las recomendaciones de la Instrucción sobre la función de los bienes temporales (Congregación para el Clero, 1971).
2. *Auditorías externas independientes*, como prevé *Praedicate Evangelium* (art. 212), que garantizan objetividad y fortalecen la confianza de los fieles.
3. *Formación continua de administradores* (c. 1284 § 1): la transparencia requiere competencia técnica y ética, evitando improvisaciones o dependencias indebidas.
4. *Normativas diocesanas de gestión patrimonial*, revisadas periódicamente por el Consejo de Asuntos Económicos y el Colegio de Consultores, en coherencia con el principio sinodal de evaluación permanente.
5. *Promoción de la participación laical cualificada*, conforme al canon 228 § 2, que permite a los fieles idóneos asumir responsabilidades administrativas.

4. Hacia una cultura de rendición de cuentas

La transparencia no se reduce a un cumplimiento formal. Implica una mentalidad nueva, en la que los bienes son considerados instrumentos de misión. El Documento final invita a que “los recursos materiales sean gestionados con honestidad, sobriedad y apertura”, y propone que “la rendición de cuentas se convierta en práctica ordinaria de la vida eclesial” (DF, 4.2).

“El camino sinodal necesita que las palabras compartidas vayan acompañadas por hechos” (DF, 2.3).

Para ello, es necesaria una conversión institucional que integre tres niveles:

- *Espiritual*: la pobreza evangélica como criterio de gestión.
- *Pastoral*: las comunidades deben ser educadas en la corresponsabilidad.
- *Técnico-jurídico*: las normas canónicas deben aplicarse con rigor, asegurando controles internos y externos.

5. Conclusión: transparencia al servicio de la misión

El camino sinodal reclama una Iglesia más participativa, y ello incluye una administración económica más lúcida y compartida. La transparencia no es una moda organizativa ni una exigencia impuesta desde fuera, sino una expresión de la verdad evangélica: “El que es fiel en lo poco, también en lo mucho es fiel” (Lc 16,10).

Administrar con transparencia es, en definitiva, evangelizar con coherencia. Permite que la Iglesia sea creíble, fortalece la comunión entre sus miembros y asegura que los bienes recibidos sirvan realmente al anuncio del Evangelio y al servicio de los pobres.

El Documento final del Sínodo sobre la sinodalidad nos recuerda que la transparencia no es opcional, sino constitutiva del modo eclesial de caminar juntos. La administración de los bienes eclesiales, iluminada por la sinodalidad, se convierte así en un signo concreto del Reino de Dios y en una garantía de fidelidad a la misión confiada por Cristo a su Iglesia.

HACIA UNA ESPIRITUALIDAD SINODAL

Jorge Juan Pérez Gallego

Introducción: el *Kairos* de la sinodalidad

El papa Francisco afirmó que el camino de la sinodalidad es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio (17 de octubre de 2015). Esta declaración supuso el inicio de un tiempo de gracia y conversión para todo el Pueblo de Dios: una llamada a redescubrir y vivir la naturaleza de la Iglesia como un “caminar juntos” bajo la guía del Espíritu Santo.

El desafío que afrontamos, particularmente en una diócesis de honda raigambre histórica como Ourense, es precisamente trascender la visión de la sinodalidad como una mera “reunión” o “reuniones” para abrazarla como una profunda *conversión espiritual*.

Esta espiritualidad nace del bautismo y de la eucaristía, y está dinamizada por su protagonista indispensable: el Espíritu Santo; y a su vez, informa las tres dimensiones sinodales fundamentales: comunión, participación y misión que han de propiciar iniciativas pastorales concretas y viables para nuestra Diócesis de Ourense.

2. Bautizados en la comunión

2.1. El bautismo en la raíz de lo que somos

La espiritualidad sinodal comienza en la fuente bautismal en la que todo el Pueblo de Dios comienza a participar del único sacerdocio de Cristo y de sus tres funciones: sacerdotal, profética y real (cf. LG 10). El Bautismo es el fundamento de la comunión y la misión y el principio de la sinodalidad en un *Pueblo de hermanos y hermanas en Cristo*. Como recordaba Yves Congar, el laicado no es el *brazo secular* del clero, sino la Iglesia en el corazón del mundo. Una espiritualidad sinodal es la afirmación gozosa de que cada fiel es auténticamente “corresponsable” de la vida y misión de la Iglesia.



2.2. La eucaristía: fuente y culmen de la comunión sinodal

Si el Bautismo nos hace *pueblo*, la Eucaristía nos *constituye* como Cuerpo de Cristo. La Eucaristía hace a la Iglesia, escribía Henri de Lubac. Es el sacramento de la unidad por excelencia, la realización visible de la comunión y la primera y fundamental forma que el Santo Pueblo de Dios tiene para reunirse y encontrarse. Es en la Eucaristía donde la diversidad de dones, ministerios y carismas se funde en un solo Cuerpo, sin uniformidad, pero en comunión real.

La espiritualidad sinodal nos enseña que el discernimiento eclesial no puede realizarse sino en el “nosotros” que la Eucaristía forja. Antes de deliberar, la Iglesia debe celebrar y reconocer en la Eucaristía la fuente de su comunión que está llamada a testimoniar.

3. El Espíritu Santo como protagonista de la espiritualidad y del camino sinodal

El Sínodo es una experiencia pneumatológica que tiene como protagonista al Espíritu Santo. De ahí que la espiritualidad que lo sustenta sea fundamentalmente de docilidad a Aquel que es la *Persona en comunión*, que une al Padre y al Hijo, y, por extensión, une a los miembros de la Iglesia en el Cuerpo de Cristo. Esta acción del Espíritu se manifiesta a través del *sensus fidei fidelium* que posee la totalidad del Pueblo de Dios (LG 12).

Una espiritualidad sinodal nos obliga a tomar en serio esta verdad: el Espíritu habla *en todos*, y con frecuencia lo hace a través de la voz de los *anawim* (los pobres, los descartados). Por ello, el papa Francisco insistía en que la evangelización comienza por escuchar a los pobres (EG 198). El discernimiento sinodal no consiste en alcanzar mayorías o un consenso democrático de opiniones, sino en auscultar eclesialmente dónde está *el gemido del Espíritu* en la vida del pueblo (cf. Rom 8,26).

3.1. La conversación en el Espíritu como método pastoral y espiritual

Se trata de una *praxis* concreta y no de un simple protocolo de reunión, con un objetivo claro: el *con-sentir*: el “*sentir-con*” la Iglesia y “*sentir-con*” el Espíritu. Es el método para “hacernos cargo” de la realidad con los ojos de Dios y la fuerza del Espíritu desde la escucha profunda, el diálogo experiencial y el silencio para permitir que la voz del otro, y la voz del Espíritu a través de él, resuene en nuestro interior.



El discernimiento sinodal no consiste en alcanzar mayorías o un consenso democrático de opiniones, sino en auscultar eclesialmente dónde está el gemido del Espíritu en la vida del pueblo

4. La espiritualidad que engendra comunión, participación y misión en la vida de la Iglesia en Ourense

La espiritualidad sinodal encuentra su realización en la articulación inseparable de la comunión, la participación y la misión. Son tres pilares a modo de una *perijóresis* (danza) trinitaria reflejada en la vida eclesial de nuestra diócesis. La *comunión* es nuestro origen y destino, la *participación* nuestra identidad compartida y la *misión* nuestro dinamismo. Una espiritualidad sinodal auténtica no puede buscar la comunión sin participación ni fomentar la participación sin comunión, y ambas se corromperían si no estuvieran orientadas a la misión, pues la Iglesia no tiene otra misión que la de Cristo: salir al encuentro del mundo.

Esta espiritualidad debe encarnarse, y en nuestra diócesis de Ourense ello supone unos desafíos específicos que surgen, entre otras causas, de una profunda dispersión rural con cientos de parroquias pequeñas; un acusado envejecimiento demográfico que genera soledad; y una fe cultural robusta pero que necesita ser revitalizada pastoralmente para no caer en la inercia. El reto es pasar de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera (cf. EG 15).

La oportunidad sinodal para Ourense es extraordinaria pues hemos celebrado recientemente un sínodo local. La espiritualidad sinodal no llega a nosotros como una teoría extraña, sino como una *confirmación* de lo que el Espíritu ya está haciendo. En muchas *parroquias* es el laicado (especialmente las mujeres) quien *de facto* sostiene la vida de fe, convoca a la oración y cuida de los templos. La sinodalidad fundamentada en el Bautismo nos lleva a reconocer, formar y enviar a laicos y consagrados no como “suplentes” ante la falta de sacerdotes, sino como agentes plenos de evangelización en virtud de su propia vocación. La espiritualidad sinodal nos conduce diocesana-mente a transformar nuestra aparente debilidad en una fortaleza pastoral: una Iglesia de cercanía, ministerial y capilar, a través de las familias y los pueblos.

5. Conclusión: La espiritualidad como motor del cambio

La sinodalidad es mucho más que un ajuste canónico, se trata del *estilo de vida* propio de una Iglesia que redescubre su centro en los sacramentos que la fundan y en el Espíritu que la guía. Para nuestra diócesis vivir esta espiritualidad significa confiar en la acción del Espíritu presente en este pueblo, superando la nostalgia de estructuras pasadas y abrazando la misión en nuestro presente vulnerable. Se trata de *volver a Jesús* como comunidad, escuchando y acogiendo lo que Él a través del Espíritu nos quiere decir. Tomar en serio la vida espiritual de todo el Pueblo de Dios, sintiéndonos también corresponsables de su salud, crecimiento, formación y madurez espiritual.

Como todo camino espiritual, la sinodalidad también requiere unas virtudes a adquirir y unos medios concretos para alcanzarlas. El primer medio irrenunciable es la oración. Las comunidades deben ser auténticas escuelas de oración (cf. NMI 33). La principal ascesis en este punto sería “resistir a la tentación del activismo, buscando “ser” antes que “hacer”. Y en este sentido, dejarnos hacer por la participación en la Eucaristía. En ella aprendemos lo que somos.

Otra virtud a adquirir es la escucha profunda mediante la ascesis de la *kenosis*. Se trata de aquella disposición que comienza con un hacer sitio, un salir del propio amor, querer e interés para escuchar con los oídos del corazón en tres niveles: la escucha de la Palabra de Dios, la escucha de los hermanos, y la escucha de los signos de los tiempos. Todo ello desde una permanente disponibilidad a la conversión, la humildad y la paciencia para gestionar las tensiones que inevitablemente surgen en nuestro interior y en nuestro entorno eclesial.

CRÓNICA DEL AÑO JUBILAR

Oscar Martínez Caamaño

“Dejémonos atraer desde ahora por la esperanza y permitamos que a través de nosotros sea contagiosa para cuantos la desean. Que nuestra vida pueda decirles:

“Espera en el Señor y sé valiente; ten ánimo espera en el Señor” (Sal 27, 14)”

(Spes non Confundit, 25)

Con una llamada clara a hacer resonar de nuevo el canto de la Esperanza en el corazón del hombre, el papa Francisco convocaba con la bula “*Spes non confundit*” a la Iglesia Universal a un nuevo Jubileo Romano. En esa bula se disponía que todas las Iglesias particulares del mundo debían unirse a este acontecimiento y decretaba que todas las Iglesias Catedrales del Mundo serían templos jubilaes y el 29 de diciembre de 2024 debía celebrarse la Apertura de este acontecimiento de Gracia. Así lo hicimos en nuestra diócesis con una hermosa celebración, que se inició con una “*statio*” en Santa Eufemia la Real del Centro, de donde partíamos en procesión litúrgica hacia la Catedral Basílica de san Martiño encabezados por la imagen del Santísimo Cristo de los Desamparados. Tras la adoración de la Cruz en la escalinata y hacer memoria del Bautismo en el Pórtico del Paraíso se iniciaba la Eucaristía en la que nuestro pastor nos invitaba a dejarnos interpelar en nuestra vida por la misericordia de Dios y a abrir nuestros corazones a Jesucristo, nuestra Esperanza. Una celebración concurrida en número de fieles, que hicieron pequeña nuestro templo catedralicio. Ya por la tarde animados por el Secretariado de familia, en la Plaza de santa Eufemia se testimonió la belleza de la vocación de ser familia cristiana al mismo tiempo que se felicitaban las fiestas navideñas a cuantos esa tarde discurrían en su caminar por el casco histórico de nuestra ciudad.

El Señor obispo siguiendo las facultades e indicaciones concedidas por el Papa y de la Penitenciaría Apostólica, estableció que el gozo de la gracia Jubilar se extendiese por todas las zonas y realidades pastorales de la diócesis. Así en un decreto promulgado con fecha 12

de diciembre de 2024, designó como **templos jubilaes** santa Eufemia la Real del Centro, San Salvador de Celanova, el Santuario de la Virgen de los Milagros de Baños de Molgas y el Santuario de la Virgen del Portal de Ribadavia. Además, estableció como **espacios de caridad y misericordia** el Centro penitenciario de Pereiro de Aguiar, el Edificio de las Siervas de María, donde hoy está presente el Comedor Social de Cáritas, la Residencia Hogar Santa María de Verín. Incluyó también como lugares para lucrar la gracia jubilar dos **espacios de oración y escucha**: los Monasterios de santa Clara de Allariz y santa María de Oseira.

En estos lugares han tenido diversos actos a lo largo del año jubilar, así los Catequistas han celebrado su Jubileo en Oseira, los Religiosos en la Catedral y en Allariz, los niños y Adolescentes en Celanova, así como también diversas asociaciones y movimientos se han acercado a ellos beneficiándose de la oportunidad concedida. Los responsables de los templos y espacios han organizado y programado diversas actividades y encuentros. La Capilla de las Siervas ha facilitado la Celebración de la Reconciliación y la Eucaristía los jueves; El Santuario del Portal un hermoso itinerario catequético y otras muchas iniciativas que han ayudado a los fieles cristianos y a otras personas a acercarse a Jesucristo fuente de misericordia y Esperanza. Sólo Dios sabe cuántos corazones se han dejado tocar y transformar por la acción del Espíritu.

Cabe destacar por su relevancia la Romería Jubilar que tuvo lugar en el Santuario de los Milagros en las vísperas de la Solemnidad de Pentecostés. Allí con la colaboración de diversas entidades diocesanas se tuvo un encuentro donde la formación, la celebración y la

convivencia festiva se entrelazaron para enriquecer una jornada muy valorada por todos los participantes, de hecho, el mismo Consejo de pastoral diocesano ha pedido el mantener esta jornada como un encuentro para manifestar la belleza de nuestro ser Iglesia y avivar la comunión. El encuentro comenzó con la peregrinación al Santuario desde las diversas zonas, algunos incluso pudieron hacerlo a pie desde Molgas. En la entrada de la explanada todos fueron recibidos por el Sr. Rector del Santuario que invitó a hacer memoria del Bautismo. Una vez ya dentro del recinto los participantes tuvieron ocasión de participar en diversos talleres en los que se presentaron diversas realidades de formación y asociacionismo eclesial.

Al mediodía se celebró el Sacramento de la Reconciliación en la explanada del santuario donde un grupo numeroso aprovechó para reconciliarse e incluso para la escucha con los sacerdotes repartidos por el espacio. A la una y media se celebró la Eucaristía jubilar en la que un grupo de adultos recibió el Sacramento de la Confirmación.

Tras una mañana intensa se pasó ya al momento más lúdico con una comida campestre y con animación musical. Durante este momento diversas realidades diocesanas se presentaron en pequeños stands dónde ofrecía

información sobre sus realidades y “Carismas”. La jornada concluyó con el Rosario y procesión de la imagen de la Virgen de Milagros.

A parte de estas celebraciones y encuentros en nuestra geografía diocesana, también hubo representación en los diversos jubileos organizados por el Dicasterio de la Evangelización, sección de Nueva Evangelización en Roma. Así aparte de iniciativas privadas, nuestra Iglesia Diocesana tuvo presencia en los jubileos de los Obispos, sacerdotes y seminaristas; en el Jubileo de los Jóvenes, de las familias y en el mes de diciembre de los presos. Del 17 al 20 de octubre, con ocasión de diversas canonizaciones, tuvo lugar la Peregrinación Diocesana a Roma con más de un centenar de peregrinos. De todos estos encuentros se resalta una nota común: que hermoso es formar parte de una Iglesia cuya catolicidad se percibe en tantos rostros, razas y modos de ser y pertenecer distintos. Así como esa belleza es motivo de esperanza para nuestro mundo.

Cuando estas líneas salgan a la luz todavía quedarán unos días para vivir este acontecimiento de gracia, aprovechémoslo y sobre todo sintámonos convocados a la Celebración de clausura que tendrá lugar en la Iglesia Catedral el 28 de diciembre a las 12:00 de la mañana.





UN VERANO QUE ENCENDIÓ LA ESPERANZA

De Porto Son a Roma, el camino compartido por los niños y jóvenes de Ourense.

Francisco López Rodríguez

El verano de 2025 quedará grabado en la memoria de muchos niños, niñas y jóvenes de la Diócesis de Ourense como un tiempo de fe, amistad y esperanza. Dos experiencias complementarias —el campamento diocesano de Porto Son y la peregrinación de jóvenes para participar en el Jubileo de los Jóvenes en Roma con el Papa León XIV— se entrelazaron para formar un mismo relato: el de una Iglesia viva, alegre y en camino, que confía en la promesa de Dios y en la fuerza del Evangelio que mueve los corazones.

Porto Son: una semana de alegría y esperanza

Del 14 al 19 de julio, la costa gallega se llenó de voces, canciones, juegos y oraciones. Casi un centenar de niños y adolescentes, de entre 9 y 15 años, y casi una treintena de adultos (sacerdotes, monitores, voluntarios de cocina y sanitarios) se reunieron en la casa de Porto Son para participar en el campamento diocesano bajo el lema *"No tengas miedo, la esperanza no defrauda"*.

Durante esa semana, los días amanecían con música, ejercicio y oración, seguían con talleres, dinámicas y momentos de encuentro y formación, además del tiempo que los niños disfrutaron en la playa y con el deporte sobre la arena. La Eucaristía diaria fue el centro de la vida del campamento, pero hubo un día especial, el 16 de julio celebraron la Fiesta de la Virgen del Carmen en la iglesia de Porto do Son, seguida de una procesión hasta el puerto, mientras se rezaba el rosario, que terminó con una ofrenda floral. Los días terminaban con las veladas nocturnas, noches de juegos, cantos, pruebas por equipos, pero hubo una velada, que sin duda sobresalió sobre las demás, la noche del jueves la capilla se adornó para la adoración del Santísimo, dos horas en las que los niños estuvieron ante Jesús Eucaristía, con momentos de reflexión, silencio, canto y oración, un momento que sin duda marcó a los acampados y a los monitores.

El espíritu del campamento fue de fraternidad y descubrimiento: cada grupo, cada juego, cada conversación, cada momento de oración invitaban a crecer en confianza, en apertura y en fe compartida, sabiendo que la esperanza no defrauda nunca. En el fondo, todo el programa giró en torno a una convicción sencilla pero profunda: la esperanza nace cuando se experimenta el amor de Dios en lo cotidiano, en las tareas de cada día.

El sábado 19, tocaba hacer maletas y volver de regreso a casa, pero el grupo hizo su última parada en el Santuario de Nosa Señora do Corpiño, donde nuestro obispo presidió la Eucaristía de clausura e invitó a los niños a "llevar la alegría del Evangelio a sus hogares, y a contar a sus familias todo lo que habían vivido.

Así terminó la primera parte de un verano que apenas comenzaba. A los pocos días, otro grupo diocesano, formado por jóvenes de diversas parroquias y movimientos, se preparaba para emprender una aventura aún más larga: el camino hacia Roma para participaren el Jubileo de los Jóvenes junto al Papa.

De Ourense a Roma: una peregrinación de esperanza

El 28 de julio comenzó el viaje. Casi medio centenar de jóvenes subieron al autobús con sus mochilas, los sacos de dormir y mucha ilusión. Antes de llegar a Roma, hicieron una primera parada en Turín, donde rezaron ante la Sábana Santa y los restos de S. Pier Giorgio Frassati, en la Catedral, además visitaron la casa madre de los Salesianos en donde recordaron el testimonio de san Juan Bosco, amigo y guía de la juventud.



Después de visitar Florencia, la tarde del 30 de julio llegaron a Roma. El primer día completo en la Ciudad Eterna estuvo dedicado a visitar las Basílicas Mayores: San Pablo Extramuros, San Juan de Letrán y Santa María la Mayor. En las dos primeras tuvieron la oportunidad de cruzar la Puerta Santa, signo del Jubileo, y lo hicieron con un profundo silencio interior, conscientes de que ese gesto expresaba el deseo de dejar atrás lo viejo y abrir el corazón a la misericordia de Dios. Cada puerta que los jóvenes cruzaban era una invitación a empezar de nuevo, a confiar más, a creer que el Señor sigue haciendo nuevas todas las cosas.

Por la tarde, recorrieron el centro de Roma: la Fontana di Trevi, la Plaza de España, la Piazza del Popolo, el Coliseo lugares donde los jóvenes peregrinos, entre fotos y risas, se mezclaban con los turistas que esos días visitaban la ciudad.

El viernes 1 de agosto, Roma amaneció con el bullicio de miles de jóvenes llegados de todo el mundo. Los ourensanos madrugaron y para entrar tras una larga espera llena de cantos, saludos y emoción pudieron atravesar la Puerta Santa y entrar en la Basílica de San Pedro. Por la tarde, participaron en el encuentro de españoles en la Plaza de San Pedro, en el que hubo momentos festivos, testimonios y terminó con la celebración de la Eucaristía. Allí resonaron palabras de comunión y envío: la certeza de que la fe no aísla, sino que une, y que el Evangelio sigue siendo capaz de convocar a miles de corazones distintos bajo una misma esperanza.

El sábado 2 de agosto, la peregrinación se dirigió a las catacumbas de San Calixto, donde celebraron la Eucaristía entre los antiguos muros donde los primeros cristianos se reunían para orar. Después emprendieron a pie los casi 15 kilómetros que los separaban de Tor Vergata, el gran campo que acogería los actos centrales del Jubileo. Bajo el sol de Roma, avanzaban entre cánticos, banderas y sonrisas, con la ilusión de llegar al encuentro.

Cuando el Papa apareció entre la multitud, se hizo una gran fiesta de gozo que culminó con el silencio que se hizo oración durante la Vigilia. Las palabras del Papa calaron hondo. Muchos jóvenes se emocionaban, lloraban, otros se abrazaban, todos escuchaban en silencio. La noche continuó con cantos, adoración y testimonios. Dormir bajo las estrellas, junto a miles de jóvenes de los cinco continentes, se convirtió en un signo vivo de comunión.



El domingo el Jubileo de los Jóvenes culminó con la Misa de clausura presidida por el Papa. Desde el altar de Tor Vergata, León XIV exhortó a los jóvenes con fuerza: *"Aspiren a cosas grandes, a la santidad, allí donde estén. No se conformen con menos (...). La plenitud de nuestra existencia no depende de lo que almacenamos, sino de lo que recibimos con alegría y compartimos"*. En su homilía el Santo Padre, les confió una misión: *"Ustedes son la luz del mundo. No se escondan. El mundo los necesita"*.

Con esas palabras en el corazón, los jóvenes de Ourense emprendieron el camino de regreso, conscientes de que el Jubileo no terminaba allí: comenzaba de nuevo, en la vida de cada día.

El lunes 4 de agosto, el grupo hizo escala en Barcelona, donde celebraron la Eucaristía en la Basílica de la Sagrada Familia. La inmensidad del templo, con su luz y sus formas ascendentes, fue un símbolo de todo lo vivido: la fe que se eleva, la belleza que nos conduce a Dios. Al día siguiente, antes de volver definitivamente a Ourense, disfrutaron de una jornada fraterna en Port Aventura. Entre risas, atracciones y canciones, se respiraba una alegría serena, la de saberse acompañados, renovados, enviados.

Una misma esperanza, dos caminos

Porto Son y Roma, aunque tan distintos, fueron en realidad dos etapas del mismo camino: un verano esperanzador en el que la Iglesia diocesana volvió a experimentar que Dios sigue actuando en la vida de los niños, adolescentes y jóvenes. En Porto Son, los niños aprendieron que la fe se vive en lo sencillo; en Roma, los mayores comprendieron que la esperanza se traduce en compromiso y testimonio. Un mismo hilo los unió: la confianza en que *"la esperanza no defrauda"*, porque está cimentada en el amor de Dios que no pasa de moda.

Al término de este intenso verano, como responsable de Pastoral Juvenil de la Diócesis quiero compartir un mensaje de gratitud: doy gracias al Señor por todo lo vivido. En Porto Son hemos visto cómo la alegría sencilla de los niños se convertía en semilla de fe. En Roma, hemos comprobado que nuestros jóvenes no tienen miedo de mostrar su fe en medio del mundo. Han regresado con el corazón encendido, con el deseo de servir y de construir una Iglesia llena de esperanza. Que este verano nos recuerde a todos que la esperanza no defrauda, porque quien confía en Cristo siempre encuentra sentido a su peregrinar.

ACOMPañAMIENTO PASTORAL Y ESPERANZA

Xosé Manuel Domínguez Prieto

I. El método de acompañamiento al modo de Emaús

Ofrecemos esperanza a otros cuando los acompañamos en el camino de sus vidas, sobre todo cuando sufren. Esta es una clave pastoral y, en general, evangélica, para todo cristiano y, de modo eminente, para todo sacerdote.

Siguiendo el Evangelio y la tradición de la Iglesia, podemos esbozar un método de *acompañamiento*. Cuando, en el contexto cristiano hablamos de *acompañamiento*, nos referimos a una actividad que incluye e integra tanto lo que la teología evangélica entiende por 'consejo espiritual' y como lo que la católica señala como 'pastoral'. Por tanto, no es mero hacer compañía, ni se limita a dar consejos prudentiales, ni a la escucha. Tampoco es terapia.

Algunos pasajes evangélicos manifiestan con claridad este estilo de *acompañamiento* propio del modo de actuar cristiano. Paradigmático al respecto es el pasaje de los *discípulos de Emaús* (Lc 24, 13-35).

a. In itinere

"Dos de ellos iban a una aldea llamada Emaús, distante a unas dos leguas de Jerusalén" (Lc 24, 13) "Pero ellos tenían sus ojos incapacitados" (Lc 24, 16).

Quien descubre en qué consiste ser persona se da cuenta que esta es un ser en camino (*in itinere*). Y en el camino de la vida se sufre dolor, frustraciones, heridas, decepciones, crisis. Una y otra vez las seguridades, los planes, los proyectos, se tambalean y lo que daba sentido al día a día deja de darlo.

La persona está en búsqueda de sí misma, de su sentido, de su bienestar. Y los golpes de la vida producen ira, tristeza, queja, desesperanza, crisis. Esto da lugar a huidas, a repliegues, a búsqueda de anestesia. Esta huida, esta tristeza o esta ira son señales de que

hay frustración o de que se transitaba por un falso camino, y que se necesita luz, sanación, sentido. En realidad, estos momentos son un *kairós*, un tiempo de gracia, que va a permitir el cambio, la sanación, la maduración, el crecimiento. Es el momento en que nos atrevemos a acercarnos al otro para empezar a caminar con él.

b. Encuentro

"Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona los alcanzó y se puso a caminar con ellos" (Lc 24, 15).

Durante esta huida y repliegue de los dos que vuelven de Jerusalén, narra la perícopa evangélica que Cristo *les sale al camino* y *se les acerca*, camina a su ritmo y resulta digno de confianza.

¡Esto es clave!: Quien acompaña comienza su proceso de esta manera: acercándose y haciéndose cercano, caminando junto al otro, fundando una "pre-comunidad". No podemos quedarnos en casa, en la sacristía o en el despacho. Quien acompaña sale al paso del acompañado y camina su camino junto a él. Quien acompaña, como hizo Cristo con los de Emaús, habla en su lenguaje, va a su paso, no fuerza la situación, se hace digno de confianza. Permite el encuentro. Y, para ello, quien acompaña no puede acercarse como el "experto", como el que sabe, no se precipita a dar un consejo. Por el contrario, respeta, escucha, acoge incondicionalmente... *Por tanto, todo comienza por un acercamiento, por una aceptación y por conectar con el otro en su camino.*

c. Diaconía

"Él les preguntó: ¿De qué vais conversando por el camino? Ellos se detuvieron con semblante afligido" ¿Qué cosa? Le contestaron: Lo de Jesús de Nazaret" (Lc 24, 17-19). "Jesús les dijo: ¡Qué necios y torpes

para creer cuanto dijeron los profetas! ¿No tenía que padecer eso el Mesías para entrar en su gloria? (Lc 24, 25).

- Ponerse a caminar junto a otro para acompañarle *no es hacer compañía*. Hay una tarea que hacer con el acompañado, hay objetivos que conseguir en este acompañamiento: facilitar o provocar la sanación y la transformación, empujar o promover la plenitud del acompañado. Pero dicha sanación, transformación o maduración no es algo que se hace desde fuera, sino que se inicia dentro del acompañado. No hay anuncio posible si no me ocupo de la persona antes.
- Quien acompaña ha de dinamizar el interior del acompañado. ¿Cómo? A través de la pregunta. Con la pregunta, el acompañado toma conciencia de sí, se permite acceder a su contexto. Pero, más allá de la situación actual, de la situación de crisis, de la herida o frustración, la pregunta está llamada a confrontar a la persona con su vida. Puede comenzar con un '¿Qué te pasa?' pero la intención es llegar a '¿Qué pasa con tu vida? ¿Qué pasa en tu vida?'
- Una vez tomada la conciencia de lo que se siente y permitiéndose su expresión corporal, llega el momento de que el acompañado verbalice y exprese su narración ("Nosotros esperábamos..."). Se manifiesta que se ha roto la esperanza. Se aspiraba a mucho y surge la frustración, porque ahora se descubre que las esperanzas e ilusiones se pusieron en valores relativos, en objetivos de onda corta, quizás seductores. Todo esto ha de quedar a la luz. Es el momento de discernir cuáles eran estos falsos ideales, estas falsas expectativas. Se pierde la esperanza cuando no se espera en quien puede colmar el corazón.

- Quien acompaña, escucha paciente-mente la narración del acompañado, su queja, su dolor, sus argumentos. Ser escuchados es manifestar amor, un modo de dignificar al escuchado. La escucha activa, sin interrupciones, atenta, es esencial para el proceso de sanación, porque supone que el escuchado es aceptado, considerado digno, querido, acogido.
- Pero luego llega la *confrontación*, el mostrar al acompañado la contradicción entre lo que creía y lo que hacen o piensan. Y es también el momento de mostrar la importancia del dolor, del sufrimiento como oportunidad. La cruz es un escándalo para nuestros planes y para nuestra conciencia anestésica y hedonista, pero es el camino para la plenitud.

d. **Martyría**

"Y comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras" (Lc 24, 27).

El método cristiano de *acompañamiento* incluye *el servicio sanador*, la "terapia" entendida etimológicamente, es decir, como cuidado sanador, aunque va mucho más allá de él. No se reduce a ser una intervención sanadora, sino que se presenta como camino hacia una nueva dimensión biográfica, como una iluminación vital.

Tras la diaconía, el siguiente paso consiste en poner ante el acompañado una clave interpretativa de su propia vida, una narración que ilumine la narración de su vida. Este es un paso clave en la curación y la maduración, pues es el momento en el que se propicia la transformación del corazón.

Esta parte del método consiste en poner ante el acompañado una narración (texto o testimonio) que le permita leer su propia vida desde una nueva clave y, desde ella, ponerse en marcha.

Esta fuente de luz puede ser, en efecto, un texto iluminador, (paradigmáticamente de las Sagradas Escrituras) o bien ser un testigo vivo (paradigmáticamente el propio acompañante), quien con su presencia sea iluminador y sanador, fuente de esperanza y de una nueva visión de la realidad.

La narración ya no es una narración del pasado, sino que se actualiza, se hace activa y operativa, en el momento presente.

e. **Leitourgía**

“Entró para quedarse con ellos; y, mientras estaba con ellos a la mesa, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio. Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista. Se dijeron uno al otro: ¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba la Escritura?” (Lc 24, 29-31).

El acompañado va sintiendo la transformación y al final es él quien invita al acompañante a quedarse. El acompañado entonces emplea otro elemento clave en la sanación y transformación: *el símbolo, el signo litúrgico*. Es a través de la experiencia del símbolo como se le abre al acompañado definitivamente la visión de su vida y de la situación, reconociendo que ‘ardía su corazón’. Es en corazón donde se reconoce el cambio. Por tanto, este cambio no consiste sólo en darse cuenta de que las cosas son ‘de otra manera’, sino en cambiar de vida. Y la palanca para impulsar definitivamente este cambio se encuentra en la experiencia de un símbolo, aportado por el acompañante, que es signo transformador para el acompañado. Estos símbolos terminan con la ceguera, el no reconocimiento, y promueven la *metacardia* y el reconocer(se).

f. **Decisión y puesta en camino**

“Al punto, se levantaron, volvieron a Jerusalén” (Lc 24, 33).

Si alguien lleva a cabo un cambio meramente cognitivo, puede que permanezca sin cambios en su vida, es posible que nunca los traduzca en acciones. Pero quien vive un cambio de vida y corazón, tras haber hecho una experiencia de encuentro con un auténtico apóstol, se pone en camino, se pone en acción. Quien así cam-





bia, mira su vida en perspectiva, el camino que hay por delante (y que antes no se veía, cegados con el camino que había por atrás). El repliegue se transforma en despliegue. Este es la meta del acompañamiento: despertar y ponerse en camino.

II. **Primer congreso internacional de acompañamiento (personal y espiritual)**

Tras diez años de investigación, práctica y estudio el *Instituto da Familia* ha puesto en marcha en Ourense el *I Congreso Internacional de Acompañamiento*.

Este Congreso tiene por objetivo ser un foro de diálogo, de formación y de intercambio de conocimientos teóricos y prácticos en torno al acompañamiento personal y el acompañamiento espiritual, reconociendo el acompañamiento como actividad metódica, reglada y rigurosa.

Desarrollando el método de Emaús, definimos *acompañamiento* como un proceso de encuentros interpersonales en los que, de modo metódico, una persona -el acompañante- posibilita que otra -el acompañado- lleve a cabo un progresivo crecimiento, maduración, afrontamiento biográfico o sanación. Quien acompaña se presenta como apoyo, impulso y fuente de posibilidades para el acompañado. Acompañar es una forma consciente de estar con otro y para otro, de modo que se crea un contexto en el que el acompañado toma las riendas de su vida desde sus valores y llamada. Lo entendemos, por tanto, como clave para toda forma de pastoral.

Durante los días 20, 21 y 22 de noviembre de 2025, a Ourense, acudirán ponentes de cinco países, todos ellos especialistas en acompañamiento y congresistas de más de diez, incluyendo una nutrida representación de Latinoamérica, para trabajar sobre el acompañamiento personal, espiritual, sobre el acompañamiento de la interioridad, el acompañamiento cristiano, tanto desde una perspectiva teórica como práctica. Cristallizan así diez años de formación e investigación ininterrumpida sobre Acompañamiento, en cuyo método el Instituto da Familia es pionera a nivel mundial.

POIO: CONVIVIR E CONVERSAR NO ESPÍRITO PARA AVIVAR A MISIÓN

Pablo Cesar González Carballo

A Igrexa, sempre Nai e Mestra, foinos regalando experiencias de comunión e oportunidades de encontro, para medrar e madurar.

As Xornadas de Poio, que xa van na súa XXXI edición, son un bo exemplo. Centos de sacerdotes de toda Galicia, ó longo de todos estes anos, viviron neste “Escorial galego” auténticas xornadas de fraternidade, nas que ademáis de convivir e descansar, encheron o corazón de novos folgos para volver á misión.

Este ano celebráronse entre os días 10 e 12 de setembro e reuniron un numeroso grupo de sacerdotes de toda Galicia baixo o lema “Por unha Igrexa máis sinodal, cara a esperanza”. O encontro desenvolveuse nun clima de fraternidade, oración e reflexión compartida, centrada na experiencia da Conversa no Espírito como camiño de renovación pastoral e impulso misionero.

Foron tres os temas que nesta ocasión encheron os días das Xornadas:

1. O Sínodo Universal

Dende a primeira liña do Sínodo Universal, acompañounos Mons. Luis Marín de San Martín, Subsecretario do Sínodo. Axudounos a comprender mellor o proceso sinodal que vive a Igrexa universal e a situar o papel dos presbíteros neste camiño de discernimento e corresponsabilidade.

Tamén **Dra. Eva Fernández Mateo**, Presidenta nacional da Acción Católica, compartiu a súa experiencia persoal como participante no Sínodo universal, ofrecendo unha visión viva e esperanzadora do ambiente e das dinámicas do traballo sinodal.





2. A Conversa no Espírito: un método para camiñar xuntos

Negaríamos a realidade e non seríamos nin xustos nin honrados, si non afirmásemos que estamos nun momento eclesial importante, onde a presenza e a acción do Espírito recobran un protagonismo especial e nos abren á creatividade e á esperanza.

A sinodalidade, tan suliñada na Igrexa do noso tempo, sostense na capacidade de conversar no Espírito. Non se trata dun simple diálogo humano, nin dun debate de opinións, si non dun exercicio de escoita mutua no que se busca, por riba de todo, discernir a vontade de Deus.

Conversar no Espírito exige actitudes profundas: silencio interior, apertura á Palabra, humildade para recoñecer as propias limitacións e dispoñibilidade para acoller o que o Espírito di a través do irmán. Nesta dinámica, non hai vencedores nin vencidos, porque o obxectivo non é impoñer unha idea, se non descubrir xuntos o camiño que conduce á misión.

A conversa no Espírito axuda a transformar os conflitos en oportunidades de crecemento, a sanar feridas e a fortalecer a comunión. Alí onde unha comunidade conversa no Espírito, xurde a esperanza e renóvase a creatividade pastoral. E todo isto axudounos a descubri-lo Mons. Jesús Vidal Chamorro, Vicepresidente da Comisión Episcopal do Clero e Seminarios. Non só nos explicou a dinámica desta metodoloxía, se non que tivemos a oportunidade de experimentarl-a en pequenos grupos, descubriendo a profundidade e a paz que xorde cando se fala e se escoita dende o corazón, deixando espazo ó Espírito Santo para inspirar os camiños da misión.

3. A relixiosidade popular e a misión evanxelizadora

D. Antonio Rúa Saavedra, párroco de San Andrés de Teixido, presentou a dimensión evanxelizadora das expresións de fe do pobo, lembrando que nelas latexa unha profunda sede de Deus e unha oportunidade pastoral para achegar o Evanxeo ás persoas sinxelas.

As Xornadas de Poio foron, unha vez máis, un espazo privilexiado de encontro, oración e fraternidade sacerdotal. A Conversa no Espírito revelou a súa forza transformadora, axudando a descubrir que a sinodalidade non é unha teoría, senón un estilo de vida e de misión. A convivencia, a oración compartida e o diálogo sincero fixeron destas xornadas un verdadeiro cenáculo de esperanza.

Estas Xornadas deixan unha fonda pegada de comunión e compromiso. A experiencia da Conversa no Espírito mostrou que a Igrexa só pode avanzar se camiña unida, escoitando, discernindo e servindo xuntos.

Venezuela tiene sus Primeros Santos

Freddy J. Rodríguez Marcano



Ha llegado el gran día de la **canonización** de nuestros queridos modelos de santidad venezolana: el **Dr. José Gregorio Hernández** y la **Madre Carmen Rendiles**.

La Iglesia que peregrina en Ourense se regocija en el Señor. Este ha sido un día largamente anhelado y esperado. Nos sentimos profundamente agradecidos con todas las personas que han contribuido a llevar adelante sus causas de beatificación y canonización, a pesar de tantas dificultades.

La aprobación de estas canonizaciones ha sido una nueva y manifiesta expresión de cariño paternal por parte del **papa Francisco**, de feliz memoria, y un gesto de afecto del papa León. Sin duda, se trata de un valioso regalo para todos los venezolanos: nos orienta en el camino de la fe y presenta los modelos cristianos de estos dos grandes creyentes ante la Iglesia universal.

Agradecemos de manera particular a **Su Eminencia el Cardenal Baltazar Enrique Porras Cardozo** y a la **Reverenda Madre Rosa María, SdJ**, a quienes correspondió la gran responsabilidad de culminar la última etapa de este proceso.

Un vínculo que supera la distancia

La alegría que hoy celebramos no debe hacernos ignorar la grave y compleja situación que atraviesa la tierra natal de los nuevos Santos. Sin embargo, gracias a los medios de comunicación y a las redes de comunión eclesial, en este momento tan esperado nos sentimos estrechamente unidos con todos los hijos e hijas de la nación, incluidos los numerosos compatriotas que se han visto forzados a abandonar su patria por causas dolorosas.

Estas canonizaciones confirman que Venezuela es y será siempre «**Tierra de Gracia**», aunque las circunstancias externas puedan, en apariencia, contradecirlo. Los nuevos Santos tienen la capacidad de unir a los compatriotas por encima de las diferencias sociales, políticas, económicas, ideológicas y religiosas. Me atrevo a afirmar que, quizás en estos momentos, no existen en Venezuela figuras más apreciadas y aceptadas por el conjunto de la sociedad que el Dr. José Gregorio Hernández y la Madre Carmen Rendiles.

Modelos de Santidad en el Siglo XX

En la figura del **Dr. José Gregorio Hernández**, la Iglesia rinde un merecido homenaje a los profesionales de la medicina y de la salud: reconocimiento, gratitud y oración se unen en

su memoria. Resulta conmovedor constatar que en su persona convergen el **científico de mérito**, el **médico entregado**, el **profesor diligente** y, a la vez, la humildad radical, la renuncia a la arrogancia y la dedicación a los pobres. Esta coherencia entre vocación profesional y entrega ética es plenamente congruente con la lógica del Evangelio. **Doctor José Gregorio, interceded** por la paz que tanto anhelaste y por la cual llegaste a ofrecer tu propia vida.

La existencia de la **Madre Carmen Rendiles** es un canto al servicio silencioso y a la entrega anónima, ejemplo de quienes realizan el bien sin buscar que su nombre figure en los créditos. La Madre Carmen es modelo de vida donada por la convicción de que el Amado merece todo esfuerzo, y que Jesús en la Eucaristía infunde la fuerza necesaria para luchar con mayor intensidad por un Reino posible. Su labor en seminarios, parroquias y centros educativos demuestra que es preferible llevar la cruz cantando a limitarse a contemplarla; ella muestra que no hay dificultad que deba apartarnos de la vocación ni del amor de Jesús.

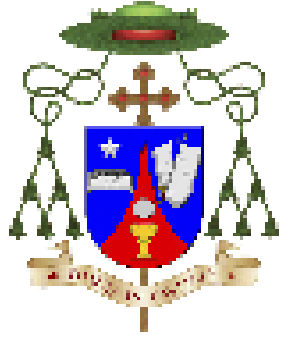
El Secreto de su Grandeza: La Fe

Ambos son, sin duda, dos de los venezolanos más representativos de todos los tiempos, porque poseían un secreto: **la fe**. Su fe consistía en creer en Dios, en perseguir constantemente la voluntad divina, en practicar los mandamientos, en ser discípulos de Jesucristo y en vivir la oración y el amor eucarístico. Murieron pronunciando el nombre de María Santísima. Vivir el Evangelio los convirtió en los «**santos del pueblo**». Ellos reconocieron la imagen más pura de Dios en el rostro del prójimo, y, de manera especial, en el de los **pobres, los necesitados, los migrantes y los privados de libertad**, con quienes Jesús se identifica. El respeto por la dignidad y la libertad de la persona es un mandamiento divino; nadie en la tierra puede borrar tal dignidad y libertad. El Dr. José Gregorio y la Madre Carmen dieron la

vida por la defensa de la dignidad sagrada de la vida humana, desde la concepción hasta la muerte natural. Al meditar sobre estas vidas insignes, que hoy se presentan a la Iglesia universal como modelo, evocamos las palabras finales de Jesús antes de su pasión y resurrección: «**Venid, benditos de mi Padre; tomad** posesión del Reino preparado para **vosotros** desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; fui forastero y me alojasteis; estuve desnudo y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a verme... En verdad os digo que, cuando lo hicisteis con el más insignificante de mis hermanos, conmigo lo hicisteis». El camino para realizar los grandes anhelos de la existencia pasa por las **obras de caridad**, por «lavarnos los pies unos a otros», servir y dejar que otros nos sirvan, porque todos precisamos ayuda para salvarnos juntos, como nos recordó el papa Francisco.

Que el Dr. José Gregorio nos ayude a vencer el mal con la fuerza mansa y desarmada del bien; para el cristiano no existe otro itinerario. Que nos ayude a comprender que la violencia genera solo más violencia, el odio engendra más odio, y que el camino de Dios es el del amor. Que los nuevos Santos alcancen para esta amada patria el milagro de la **reconciliación, la unidad nacional y la fraternidad**, como ha subrayado repetidamente el papa Francisco. Sabemos que el Dr. José Gregorio ofreció la vida por la paz. Hoy, desde el cielo, nuestros queridos Santos nos impulsan a recorrer las sendas del amor, única vía para que el caminar terrenal no sea estéril.

Celebramos estas canonizaciones en el **Año Santo de la Esperanza**. Cristo resucitado es nuestra esperanza; lo fue para el Dr. José Gregorio y para la Madre Carmen. Hoy, que el Resucitado nos preceda y nos acompañe a cada uno. Que los nuevos Santos, José Gregorio Hernández y Carmen Rendiles, obtengan una gracia particular para Venezuela y para Ourense, y que su luz ilumine el porvenir. **Que, como hermanos atentos desde el cielo, nos guíen** paso a paso para que sepamos descubrir, más allá del cansancio, las lágrimas y los obstáculos del camino, la felicidad que el Señor nos ha preparado.



PASTORALIA

ADVIENTO 2025